

# EL MUNDO.

Tomo I

México, Domingo 15 de Enero de 1899.

Num. 3

*Exposición Nacional de Bellas Artes en la Academia de San Carlos.*



**RAZONES DE FUERZA.**

CUADRO POR LUIS BEUT.

FOT. DE LUIS C. SALDOVAL.

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

## LA SEMANA

El regalo de Reyes que acaban de ofrecer *El Mundo* y *El Imparcial* al público lector en la República, me ha convencido de la avidez con que la masa busca los libros que recrean la imaginación y que, con sus ficciones y aventuras, hacen olvidar un poco las tristes realidades de la vida. Desde mi punto de vista, extraño si queréis y hasta excéntrico, me ha parecido una obra dulce y piadosa, esta de dar á las almas pobres, á los desamparados y á los tristes, su pan de cada día: la ilusión. La novela de folletín, la de los enredos inconcebibles, la de las monstruosas luchas, la de las fábulas inauditas, la de la victoria del bien sobre el mal, la de la glorificación de la virtud y el castigo del vicio, la que levanta la existencia y le da alas y sublima los amores y premia las misericordias y recompensa las buenas acciones; ese cuento burdo pero trivial y apasionado, es como un consuelo, como un bálsamo, como un vaso de vino generoso y reconstituyente, como el ofrecimiento de una bienaventuranza para los infelices, para los débiles, para los mansos de corazón, para los que á falta de felicidad positiva, andan, como sonámbulos en noche oscura, en persecución de la dicha soñada.

Esas buenas almas tienen razón. Entre lo soñado, y lo vívido,—he dicho alguna vez,—hay la misma diferencia que entre una estrella y una piedra preciosa.

No es raro que hurtemos á la existencia una joya, seguros de que nos llevamos la más grande riqueza de la tierra. La escondemos á las miradas envidiosas, la enterramos en el rincón más sombrío de nuestra vivienda, y sólo en la alta noche ó al despertar del día, cuando el mundo duerme y ninguno puede sorprendernos, abrimos al arca como avaros empedernidos, y nos recreamos en contemplar el tesoro arrebatado á la vida, el que ella nos había prometido y que tuvimos, al fin, que arrebatarle por la fuerza.

Una mañana, el desengaño, siempre en acecho, se acerca á nosotros y nos dice: Te han engañado.

Y con sus filtros corrosivos enegrece las placas de oro, y con sus manos rudas desmonta los diamantes, para convencernos de que son falsos.

En efecto; nos engañó la vida perversa: nos escamoteó la felicidad que deseábamos; lo que creíamos robarle no era nuestra dicha aunque mucho se le parecía: era una nueva tristeza que brillaba desde lejos como el joyel de la ventura.

La infame vida se alejó riendo, sin compadecerse de nuestra desilusión como la ebria del lied de Heine.

El mundo del sueño no tiene con nosotros estas crueldades. Cumple sus compromisos; nos da, en todos los casos, más de lo que le pedimos. Nos satisface, nos contenta, nos mimas. Hace lo que las madres con los niños; para tenernos en casa, para que no nos separemos de él, para evitarnos que salgamos á la calle, á la realidad, y que nos atropelle una duda ó nos pervierta un desengaño, nos entretiene con cuentos de hadas, nos rodea de juguetes maravillosos, nos asegura que tenemos una estrella en la frente, y no se cansa nunca de mover el caleidoscopio de nuestras esperanzas. Estamos alegres allá, en su palacio azul, y sin embargo, el ruido de afuera nos atrae; no quedamos conformes con los lineamientos imprecisos, con los matices suaves, con los horizontes esfumados, y salimos en busca de lo real, de lo tangible, de lo exacto; no de lo que acaricia sino de lo que hiera nuestros sentidos, no de las formas caprichosas de la bruma, sino de la rígida silueta de la montaña; no de la voluta diáfana de la nube, sino del áspero contorno de la roca; no de la lejanía de la nieve, sino de la dura lámina del mármol; de todo lo que podemos tocar sin conmovér, de todo lo que se resiste á nuestra voluntad, de lo que es un obstáculo, un tropiezo, de lo que nos encierra con una muralla impalpable, en los estrechos límites de la materia.

Somos ingratos con el ensueño, lo despreciamos sin motivo.

¿Quién, como él, nos mece tan dulcemente en el espacio? ¿Quién nos divierte con más cariñosa complacencia? ¿Quién al penetrar en él no se torna divino, y forja á su antojo los más sublimes absurdos?

Y luego, ¿es cierto que allí no reside la verdad? ¿acaso el maestro Platón, el ave errante de lo infinito, no volvió de aquellas libres regiones con un puñado de verdades? Y la misma materia, ¿no se idealiza, á veces, frente á nosotros, para convidarnos á la plácida somnolencia de la ilusión? Una puesta de sol, el agua que corre, el pájaro que pasa, ¿no son invitaciones para que el espíritu abra las alas y se arriesgue á volar por los abismos luminosos de la fantasía?

El ensueño no engaña, ni es traidor mientras le somos fieles y lo preferimos á las hipócritas y malévolas ficciones de la realidad.

La mentira que seduce, que acaricia y alegra no es mentira. Mentira es la verdad que entristece, que desengaña y que golpea; mentira es el mal, mentira la ingratitud, mentira la muerte.

Así vivimos, aferrados á nuestros delirios, algunos pobres espíritus. ¿Qué más dá? Sigue el universo su marcha imperturbable en tanto que los fisiólogos revuelven el cieno para hallar el secreto de la muerte y los soñadores miran á los astros para encontrar el misterio de la vida.

Unos y otros pierden el tiempo desde hace miles de años; solamente que nosotros, los ilusos, les llevamos una gran ventaja á los observadores y á los sabios: no hemos perdido la esperanza.

Haceis bien, almas infelices y jóvenes; vivid siempre en el palacio azul del ensueño. Es una obra piadosa la de poner la limosna de una ilusión en una mano que se tiende ansiosa. ¡Oh, envidiables mendigos de la fantasía, tomad y bebed el pan y el vino que alimenta á las esperanzas, el poema en que triunfe el bien, el cuento en que se presencia la virtud, la fábula hermosa en que el amor es el inmortal y el vicio vencido; la novela de folletín. . . . .

\* \*

La Exposición de Bellas Artes en la Academia Nacional de San Carlos, ha obtenido uno de los más brillantes éxitos. El concurso de los pintores españoles ha venido á sacudir un poco la atonía de nuestro sentido estético. Largamente han hablado nuestras publicaciones de las obras allí expuestas, entre las cuales pueden admirarse algunas de mérito indiscutible.

Por mi parte, he recorrido ya los salones, y escribiré muy en breve la impresión que me causaron. Me agrada vagar á la aventura por esas galerías tapizadas de cuadros.

Sin embargo—no sé por qué—en mis excursiones á este mundo artístico, me viene siempre á la memoria la observación de mi crítico favorito, sugerida por la contemplación de lienzos prerrafaelitas en la galería Uffici. . . . «Más tarde los pintores serán mejores, pero menos originales; avanzarán más de prisa, pero unos en pos de otros, irán más lejos, pero bajo la dirección de los mismos maestros. A mis ojos el pensamiento disciplinado, no vale lo que el pensamiento libre; lo que percibo al través de una obra de arte, como al través de toda obra, es el estado de alma que ha producido. Al inventar una dirección aún sin llegar á la meta, se va más allá y más virilmente que al llegar á lo inventado. En adelante los talentos quedarán ahogados por los genios, y los artistas serán menores aunque el arte sea más grande.»

\* \*

La ópera más celebrada de la semana ha sido *Mignon*. Como era de esperarse, Estefanía Collamarini sigue siendo la reina.

La princesita es la Sostegni. Las dos artistas y las dos hermosas.

Pero por esta vez, la hermosura triunfa del Arte. Y no es que ellas carezcan de facultades, que bien claro las han mostrado y con todo entusiasmo las hemos aplaudido, sino que, como en una Carta de Mujer, recién publicada en nuestro diario, la belleza es una rival poderosa. Todo lo vence y todo lo puede; desde ofrecer la gloria hasta á llamar al infortunio.

¿Será verdad el suspiro del viejo poeta?

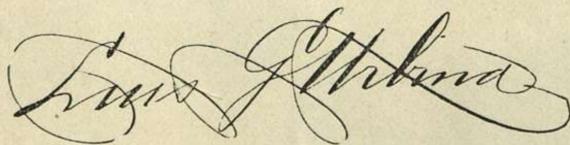
¡Ay, infeliz de la que nace hermosa! . . .

*El Mundo*, á semejanza de otras revistas extranjeras, publica hoy una plana consagrada á la figura de Estefanía Collamarini, en *Carmen*.

La verdad es que la *mezzo soprano* interpreta á maravilla la ardiente gitana creada por Merimée y puesta en música por Bizet.

Todo el público está de acuerdo en afirmar que la Collamarini ha sido la *Cármén* más notable que hemos admirado.

Por eso creo que hizo bien *El Mundo* en escojerla en ese tipo; porque á la vez que en él luce su hermosura, luce también su talento artístico. Excelente artista y linda mujer: ¿qué más puede pedirse á la *Cármén* de la Collamarini?



## Política General.

RESUMEN.—EL IMPERIO DE AUSTRIA HUNGRIA.—SU CONSTITUCION SECULAR.—SUS VICISITUDES EN LA PRESENTE CENTURIA.—LAS REVOLUCIONES FRANCESAS Y LAS EVOLUCIONES AUSTRIACAS.—LA DISGREGACION INMINENTE.—FRANCISCO JOSE Y LAS ASPIRACIONES MODERNAS DE LOS PUEBLOS.—EL ASUNTO DREYFUS.—UNA NUEVA FRASE.—LA DIMISION DE M. BEAUREPAIRE.—NECESIDAD DE UN NOMBRE.—EN BUSCA DE POPULARIDAD.—LAS RESISTENCIAS DE LA REPUBLICA.—CONCLUSION.

Difícil es comprender cómo ha podido vivir y desarrollarse como una sola nación el imperio Austro-húngaro, formado por la agregación de pueblos y de razas tan diferentes, donde palpitan aspiraciones opues-

tas, donde se crean ideales contrarios y se mueven tan distintas ambiciones. Sólo el hilo de oro de la inmensa popularidad del emperador Francisco José puede mantener atados elementos tan disímolos y conservarlos unidos en la aspiración suprema de un Estado soberano.

Restos del antiguo Sacro Romano Imperio que fundó Carlos Magno é ilustró Rodolfo de Hapsburgo, las posesiones austriacas fueron el núcleo á que se agregaron por la fuerza de las armas, los dispersos despojos de las viejas monarquías de la Europa central. Mientras la espada de la conquista ha estado suspendida sobre los pueblos esclavizados, la vida nacional ha ido desarrollándose lentamente y las aspiraciones autonómicas de cada entidad, antes soberana, han ido tomando nuevos perfiles hasta incorporarse en los sentimientos populares.

La racha de la Revolución francesa pasó sobre la superficie del Imperio, despertando los espíritus atargados, agitando las conciencias adormecidas, proclamando el dogma moderno de la soberanía nacional, por encima del derecho divino de los reyes, y fué preciso que el asiento del trono se convirtiera en el centro de todas las maquinaciones reaccionarias, se transformara en la mesa directiva del *terror blanco* fué preciso que el príncipe de Metternich, en la plenitud de su poder, se hiciera el dueño de todos los gabinetes europeos, para borrar en lo posible las manchas sangrientas, del *terror rojo*, y calmar los ánimos sumergiéndolos en los nimbos apocalípticos de una retrocesión á la Edad Media.

\* \*

Hundido el pueblo austriaco bajo la losa sepulcral de esa reacción, apenas escuchó en su cripta tenebrosa los ecos bélicos de la revolución de Julio, que desterró para siempre de Francia á los Borbones y derribó al impulso de las iras populares su secular poder. A las universidades y centros docentes llegaban, como débiles ondulaciones de la marejada, las voces de los demagogos y los clamores de los humildes. Pactóse en Francia el concordato entre la tradición, representada por el nieto de Felipe Igualdad, y los emisarios del pueblo, congregados en la casa municipal de París. Constituyose la monarquía de transición, bajo los auspicios de Luis Felipe rey de los franceses, y la semi-teocrática Austria respiró tranquila, creyendo alejado para siempre el contagio.

Pero surgió la revolución de 1848, en la que la democracia francesa impuso por de pronto su voluntad, constituyendo, entre públicos regocijos, la segunda República. La chispa revolucionaria se comunicó al Imperio, y hubo necesidad de transigir con las aspiraciones liberales manifestadas en las calles de Viena y de Pest, entre la fusilería de las barricadas y las declamaciones de los clubs. Subió al trono el emperador Francisco José, y sus dotes administrativos, la dulzura de su carácter, la alteza de sus miradas y su educación liberal, hicieron que la agitación pública se calmase y que la nación buscase en las pacíficas luchas de la paz su progreso y engrandecimiento.

\* \*

Medio siglo ha pasado, y en ese tiempo el país ha tenido que soportar dos derrotas: la segregación del Lombardo-Veneto que le arrebataron las batallas de Magenta y Solferino en la guerra con Francia y los reyes del Piamonte, y la humillación de Sadowa en la guerra con Prusia, en la que perdió el predominio que tenía sobre las razas teutónicas, y mal de su grado, vió trasladarse á los modernos Hohenzollern el cetro augusta que por luengos siglos había sostenido en sus robustas manos la dinastía de los Hapsburgo.

Y llegaron los triunfos de Gravelottes y de Sedán, y la escena magestuosa de Versalles en la sala de Luis XIV; llegó el predominio de Prusia sobre los pueblos todos de habla germánica; llegaron á los oídos de los súbditos los himnos triunfales de la República, haciendo olvidar en Francia veinte años de cesarismo napoleónico, y los tchecos y los húngaros y los tudescos despertaron de un sueño sepulcral.

Para detener la avalancha hubo necesidad de pactar con el vencedor, y la Triple Alianza unió en una sola aspiración á los luchadores de Novara y á los combatientes de Sadowa. Era preciso conjurar la tormenta, era necesario contribuir con las fuerzas vivas del país á la constitución del nuevo equilibrio europeo, á la consolidación del *bismarckismo*, que había iniciado el tratado de Francfort y sancionado las conferencias de Berlín, después de la guerra de Oriente. Queriendo el Emperador resguardar á sus pueblos de nuevas agitaciones, accedió á cuanto de él se solicitaba, y en más de una ocasión tuvo que acomodar sus sueños pacíficos á las exigencias internacionales.

\* \*

Mas ¡ay! que no es fácil soldar divisiones tradicionales ni unir apartamientos legendarios. Fórmense en el interior partidos que trabajan, agrupaciones que acechan en la sombra, entidades políticas que minan el orden constituido. Unos, guiados por la idea germánica, gravitan en torno de Berlín y, pretenden hacer de los pueblos alemanes del imperio asteroides secundarios que giren al rededor del trono esplend-

roso de los Hohenzollern; otros, que no han logrado en las revoluciones pasadas los derechos que deseaban para sus representantes, buscan por medios tranquilos ó violentos, la autonomía de ciertas regiones, semejante á la que han adquirido los hijos de los magyares; y otros, en fin, van más adelante, y sueñan con disgregaciones completas, sin pensar que la división ha de ponerlos más fácilmente á merced de sus enemigos: del imperio germánico encarnado en la moderna dinastía, y del panslavismo triunfante de los soberanos de Petersburgo.

\* \*

Y qué importan los temores remotos para los que buscan el triunfo actual? Las escenas de violencia y de escándalo repetidas una y otra vez en la Dieta baja de Hungría últimamente, los motines de Praga en el pasado año, la inquietud general que se manifiesta en las provincias alejadas del centro, todo está anunciando que se relajan á toda prisa los lazos que han unido los elementos del Imperio.

Y si alguna duda hubiera sobre esa creciente disgregación, se desvanecería enteramente al pensar en los ataques francos y desembozados de Prusia contra los ciudadanos austriacos que residen en el reino, mandándolos expulsar sin piedad. Y es que el espíritu germano, que observa y espía acaso con fruición el próximo desmoronamiento de Austria-Hungría, pretende librarse de antiguos compromisos á la hora del reparto, y por eso busca indirectamente el modo de desatar viejas alianzas.

Si no fuera por el gran respeto y el acendrado cariño que inspira á todos sus súbditos el venerable emperador Francisco José, en el cual se mira con asombro la triple corona de la realeza, de la ancianidad y del infortunio; si no fuera por la influencia y el prestigio de su nombre, pronunciado con cariño en los confines de su vasto imperio, tiempo ha que habríamos presenciado ese temido desgajamiento de las partes que lo constituyen. El problema no más queda aplazado. Hoy podría resolverse pacíficamente, haciendo abdicaciones extraordinarias y renunciaciones cuasi imposibles; mas como esto no ha de ser, tendremos que narrar, cuando desaparezca el augusto anciano, violentas sacudidas y levantamientos bruscos de razas y de pueblos buscando reivindicaciones seculares.

\* \*

Una nueva fase ofrece en la actualidad el proceso Dreyfus. Como si no bastaran á mantener la agitación pública y la exaltación popular, las disidencias de opinión, manifestadas en todos los grupos sociales, acaba de revelarse en el seno mismo de la Corte de Casación una divergencia notable, entre los honorables miembros que la constituyen: M. Quesnay de Baurepaire, presidente de la Corte civil, ha presentado la dimisión de su alto cargo, alegando ciertas irregularidades entre los consejeros, indicándoles ciertas parcialidades entre los magistrados, y protestando por su parte adhesión sincera y devota al ejército nacional.

Si no se hubiera visto desgraciadamente que el asunto, que tanto interesa al desterrado de la Isla del Diablo, se ha convertido en cuestión política, agriado los ánimos, exaltado los espíritus y dividido á los franceses en dos bandos: unos que creen en la infalibilidad de la cosa juzgada, y otros que consideran de justicia la rectificación del error, cualesquiera que sean los responsables, pasaría inadvertida la dimisión de M. de Baurepaire, y sólo sería de sentirse la retirada de un sabio magistrado en cuestión tan importante.

\* \*

Pero á la altura á que han llegado los sucesos, al grado de exaltación á que ha llegado el espíritu público, este acontecimiento no puede menos de tener una grave significación política. Ninguno de los que encabezan las turbas antirrevisionistas ha logrado formarse aureola de popularidad. El mismo general Chanoiné, que fundaba su convicción sobre la culpabilidad de Dreyfus en varios documentos, perdió no poco de su prestigio cuando se supo que el principal de ellos había sido falsificado por el coronel Henry. Paul Drouot, presidente de la *Liga de los Patriotas*, agitador incansable que azuza al pueblo de París, tiene sobre su frente, mal que pese á su exaltado patriotismo, la marca que le dejó el *vaudeville* de Boulanger, en el que fué actor principal. Es todavía un poco obscuro el nombre del general Zurlinden para inscribirlo en una bandera.

Necesitaban, pues, los que encabezan la agitación antisemítica, los que agitan la opinión en contra del infeliz Dreyfus, necesitaban un hombre, y M. de Baurepaire, en un golpe teatral de esos que impresionan á las multitudes, apasionadas más que pensadoras, dijo: «Heme aquí,» elevándose de modo mágico en la consideración pública. Precedido de una historia honrosa en su larga carrera de magistrado, rodeado ahora con una aureola artificial de incorruptible, presentase como el paladín civil de las prerrogativas del ejército.

\* \*

Ha sido escogida hábilmente la oportunidad. El momento es propicio para intervenir con algunas probabilidades de éxito. Pero la República que ha resistido enhiesta y vigorosa á las maquinaciones de la reacción monárquica, tramadas por los Orleans y los Bonapartes; que ha permanecido en pie é incólume ante los halagos del cesarismo; que se mantiene impávida, en medio de la tormenta deshecha que desencadenan los enemigos del orden, se llamen revisionistas ó antirrevisionistas; que no ha cejado un punto en su obra grandiosa de justicia, aunque la turben agitaciones de todo género; que reúne todas sus energías positivas y latentes para rechazar las amenazas que vienen del exterior; que aleccionada por el doloroso episodio de Fachoda, se reconcentra en sí misma y hasta habla de olvidar viejos rencores y de cambiar su política internacional, para ofrecer más segura resistencia á sus tradicionales enemigos; la República, estamos seguros, saldrá victoriosa de este nuevo trance, esquivará esta nueva acechanza, y se presentará grande y magestuosa ante las naciones, sustentando en su mano robusta la espada de la Justicia, vibrando flamígera sobre el libro de *los derechos del hombre*.

X. X. X.

13 de Enero de 1899.

## RAZONES DE FUERZA.

CUADRO POR LUIS BEUT.

En la vieja Francia cortesana y en los floridos tiempos del Rey Sol, nació un proverbio que ha venido repitiéndose por todos los armidiestros y que éstos podrían enarbolarse como divisa social, del mismo modo que han enarbolado como símbolo gráfico el famoso brazo armado de una daga, que es llamado *destrochère* en lengua heráldica.

El proverbio fué: *Qui porte espée porte pain*.

Tal vez hoy ese dicho no sea una paradoja, pues hasta en política es ya casi un principio eso de la paz armada, y quienes espada usan sin ser militares, úsanla tan fina y caballerosa en las salas de armas, que más parece su cultivo un adiestramiento sportivo que una doctrina de agresión ó de defensa. Así sea.

Mas en los viejos episodios la espada fué continuamente agresiva y de ello dan buena cuenta todas esas camadas de mercenarios sin patria ni ideal que guerreaban por tanto al mes, en la época en que la guerra era un oficio como cualquiera otro.

Aquellos señorones de bestial esencia, ensartaban á todo el mundo y se ensartaban mutuamente por cualquier pamplina. Mútamente sobre todo porque las querellas tabernarias constituían su especialidad.

Cuando tomaban un burgo enemigo, le pillaban despiadadamente y buscaban descanso para su bélico vivir embriagándose como cerdos en las tabernas y en los campamentos, apostando al juego las conquistas del botín y enamorando á las rollizas hembras que escanciaban el licor.

Tal era la vida de esos lansquenets: guerra y pillaje alternados con juego, vino y mujeres. Era, pues, natural que las riñas se multiplicaran y como quiera que aquellos hombres siempre portaban espada al cinto, los *duelos* de aquel entonces efectuábanse al punto que la sangre hervía y la injuria estallaba.

Pero no eran esgrimistas en el sentido que hoy damos á esa expresión. El arte de la espada que hoy exige inteligencia despierta y nervio obediente, nada tiene que ver con aquellos mandobles ni con aquellas estocadas imprevistas y desordenadas. Triunfaba entonces no el más inteligente y más ejercitado, sino el más brutal y el menos ebrio y particularmente el de más recia contextura.

Ni observábanse reglas de caballeresca equidad, como más tarde: entonces era bueno atacar en grupo á un individuo y deshacerlo á golpes. Tomábase como norma el proceder de las bestias más encarnizadas que cercan á un enemigo y le devoran.

Una riña tal ha pintado Luis Beut y lo ha hecho con saber y con cariño. El azaroso agrupamiento de un instante hállase bien definido en la tela y el desorden y la tensión de las posturas dan al cuadro todo el extraordinario movimiento que necesita para ser fiel é impresionar sabiamente á quien lo mira.

Si hay errores de dibujo y alguna falta de perspectiva, puede el conjunto hacerlos olvidar, tanto más cuanto que no son perceptibles para una mirada superficial.

La luz y el color están bien aplicados y encontramos detalles de expresión que revelan gran talento y sólido proceder de trabajo: así, la frente y la boca del individuo acosado.

En suma, un cuadro de buena cepa y digno de ser visto.

## “LA FUENTE DE VECONDAD.”

POR PLACIDO FRANCÉS.

No cabe dudar que las costumbres andaluzas hallan mucho eco entre nosotros, ni que nosotros—si aún conservamos en las venas algo de sangre iberá—estamos más cerca de los andaluces que de otros españoles cualesquiera. Siempre guardamos un oído piadoso para toda *petenera* y para todo *olé*, y si no apuramos cañas de manzanilla sí sabemos *pelar la pava* en las noches de luna, junto á una reja, tal como si viviéramos en las inmediaciones de la Giralda.

Basta fijarnos en el éxito que en México han tenido las zarzuelas de costumbres andaluzas tales como «La Revoltosa» y «La Buena sombra» que tienen un sabor localísimo para sorprender esa á modo de solidaridad afectiva que existe entre nosotros y los sedicentes «paisanos de María Santísima.»

«La fuente de Vecindad» de Plácido Francés, una pintura andaluza por los cuatro lados, ha gustado sobremanera á todos los visitantes de nuestra Exposición.

Es un patio inundado de sol, de ese sol claro y vibrante tan parecido al nuestro, en medio del cual surge una fuente—reminiscencia del morisco abolenzo de los andaluces—junto á la que se desarrolla la escena que sirvió de pretexto á este hermoso cuadro de género: un torero recrimina á su hembra.

El torero, ese tipo tan airoso en el redondel y tan repugnante en la calle, está estudiado en el cuadro de Francés con escrupulosa minuciosidad y dibujado con maestría.

Ese afeminado *quiebre* de cuerpo que los hijos de Cúchares usan en todo y para todo, no podía estar mejor copiado, y la silueta del torero por sí sola es una obrera maestra.

Muy hermoso sombreamiento tiene la figura de mujer de la izquierda. Se destaca del cuadro con asombroso modelado y su falda roja es un toque candente, muy artístico, sobre el fulgor solar del conjunto.

En suma, la fama de Plácido Francés queda perfectamente ratificada con este cuadro.

## “EL MERCADO DE SEVILLA”

CUADRO POR RICARDO LOPEZ CABRERA.

En todas partes del mundo ofrecen los mercados un movimiento vivo y pintoresco.

¿Os acordáis de aquellas brillantes páginas que sobre las *halles* escribió Zola en «El Vientre de París?»

Aquello es maravilloso, y el lector toma activa parte en el ir y venir de aquella muchedumbre que cuotiza la nutrición de la gran metrópoli.

No puede decirse que sea tan intensa ni tan completa la emoción que se experimenta al ver *El Mercado* de López Cabrera, pero de todos modos es un cuadro lleno de vida en que hay una verdadera orgía de colores, calientes y agresivos cual conviene á la meridional brillantez de Andalucía.

La opulenta tierra andaluza concentra en el mercado de Sevilla toda la magnificencia de sus productos; están allí las frutas ricas de jugo y de sabor, las uvas moscateles de color violeta, las legumbres verdes y rojas, amarillas y tornasoles.

Agregad á toda esa frescura, los tipos andaluces, sanos y gesticulantes, decidores y alegres, que sazonan la monotonía de su comercio con chorros de gracia y con carcajadas de júbilo, y tendréis una idea del cuadro de Cabrera.

El cual, si no puede conceptuarse del mismo empuje artístico que otros que nos han venido del país ibero y que hemos reproducido en este semanario, sí es digno de aplauso y de estudio.

El colorido local es correcto: mirad las frutas que están en primer término, las uvas sobre todo; igualmente es fiel el color en las figuras y en los reflejos. Sólo nos parece que la luz del cuadro está muy atenuada y deseáramos más luminosidad en su conjunto.

En cuanto al dibujo en lo general es magnífico y aún tiene detalles maestros: así las manos y brazos del uvero que está en el extremo derecho. La figura de la chiqueta á la izquierda, es buena también. En cambio, las manos y los brazos de la vendedora que está apoyada en el mostrador son de pésimo dibujo y es muy de sentirse que esta nota discordante del cuadro se encuentre en primer término.

## POR LA EXPOSICION DE BELLAS ARTES.

La XXIII Exposición Nacional de Bellas Artes, cuya inauguración se había transferido con motivo de la muerte de nuestro Embajador en Washington, fué inaugurada por fin el día 8 del actual por el Señor Secretario de Relaciones, representando al Señor Presidente de la República quien no pudo asistir por una indisposición momentánea.

Así, pues, desde ese día ha quedado abierta para

## EXPOSICION NACIONAL DE BELLAS ARTES EN LA ACADEMIA DE SAN CARLOS.



Por Plácido Francés.

LA FUENTE DE VECINDAD.

Fot. de Luis C. Sandoval.

los señores suscritores, quienes la han empezado á visitar con interés.

El amplio patio de la Academia de San Carlos ha sido transformado en salón, y en él halló cabida la mayor parte del contingente español que figura en el Certamen.

Damos hoy á nuestros lectores vistas de dicho patio tal como se encuentra actualmente, y para lo sucesivo nos proponemos publicar algunas más de las salas superiores.

Es seguro que la exposición tendrá gran éxito, lo que es de desearse para mayor estímulo de quienes entre nosotros cultivan el Arte.

## ESCULTURAS DE LA EXPOSICION.

El éxito de la Escuela Nacional de Bellas Artes en el presente Certamen, está en su sección de escultura.

El Señor Don Enrique Alciati, Profesor de la

materia en ese plantel, es un escultor que trataja con cariño y con saber, y que ha logrado formar discípulos que le hacen gran honor y que prometen dar lustre á la escultura nacional.

Reproducimos algunas de las obras principales que hicimos fotografiar especialmente para este periódico.

El busto del Sr. Lic. D. José Ives Limantour es, á nuestro juicio, una obra de mucho mérito. Esculpió el Señor Profesor Alciati en inmaculado mármol de Carrara y obtuvo un parecido asombroso. Ese busto



EXPOSICION DE BELLAS ARTES.—SECCION DE ESCULTURA.



Por Ricardo López Cabrera.

EL MERCADO DE SEVILLA.

Fot. de Luis C. Sandoval

vive y vive intensamente. Nohallamos en él más defecto que los pliegues del cuello, en el lado derecho, que encontramos demasiado exagerados. El zócalo fué muy artísticamente concebido: sólo de un lado ostenta pulimento, del otro está sin modelado, como tajado á hachazos.

Felicitemos muy cordialmente al Señor Alciati por sus conocimientos y su habilidad.

La «Ariadna» del Señor F. Nava da muestras del adelanto de su joven autor que, pensionado por el Señor D. Miguel Bringas, se encuentra actualmente en París, desde donde envió la escultura á que nos referimos.

Las curvas son hermosísimas, y la actitud es natural y llena de gracia. El tratamiento de la espalda y de la cadera, merece muy especial aplauso.

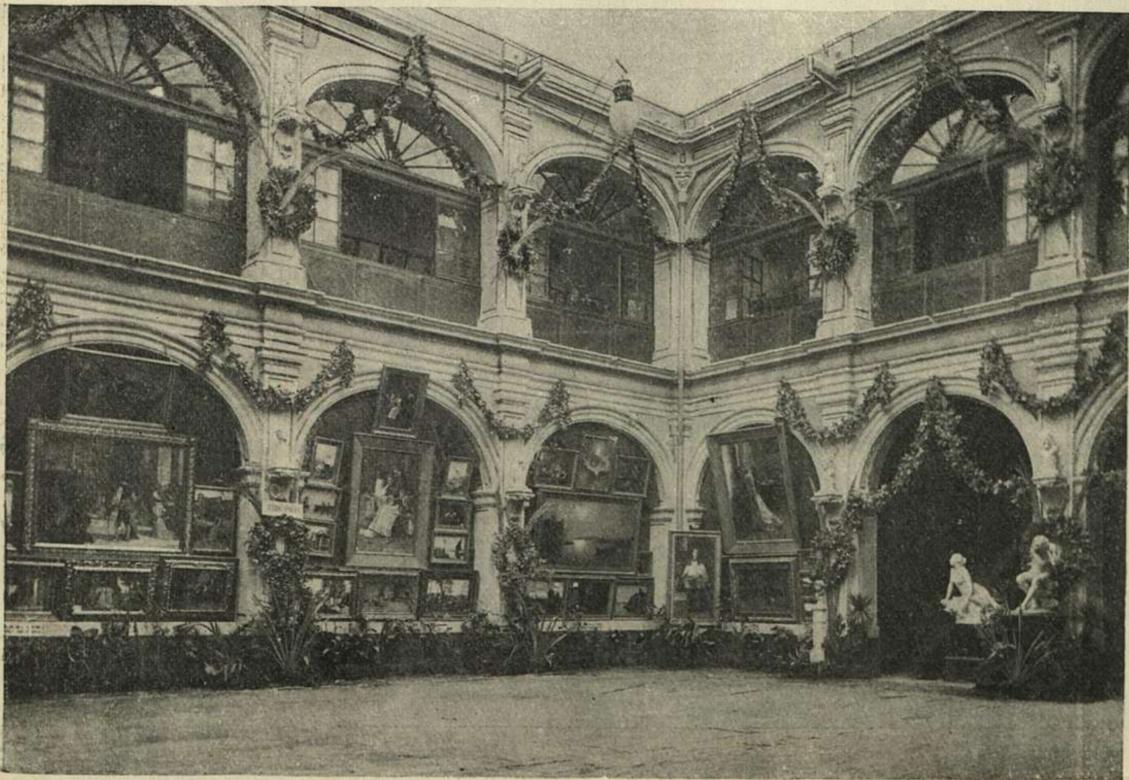
Antes de ir á París el Sr. Nava fué discípulo del Sr. Alciati, y ya desde entonces dió muestras de talento y habilidad.

Así por ejemplo, su composición «El hijo del trabajo», cuya fotografía publicamos, ha gustado mucho á cuantos la han visto, y data de la época en que estudiaba bajo la dirección de Alciati.

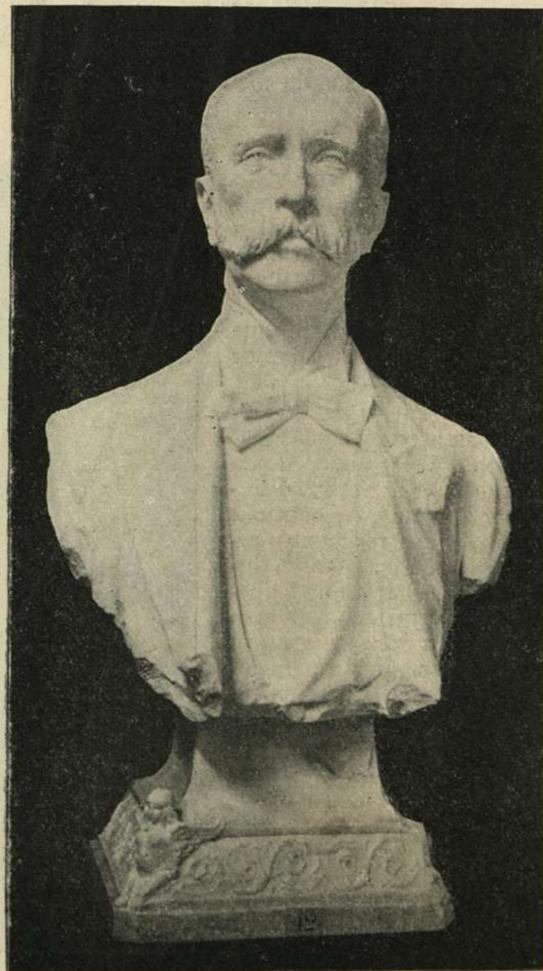
Representa á un joven labrador que interrumpe su trabajo para enjugarse el sudor del rostro, y tanto

en actitud como en ejecución, esta escultura vale mucho.

Hermosa, aunque inferior á la que acabamos de describir, es la composición que el Sr. Nava tituló «David vencedor» y que representa al escuálido rey



PATIO DE LA ACADEMIA DE BELLAS ARTES, DURANTE LA EXPOSICION.



EXPOSICION DE BELLAS ARTES.—BUSTO EN MARMOL DEL SR. LIC. JOSE IVES LIMANTOUR.

Escultura del Sr. Alciati.

judío alzando victoriosamente la inanimada testa del gigante Goliath.

En el mismo grabado en que se encuentra «*El hijo del trabajo*», del Sr. Nava, vense dos esculturas más, copiadas del clásico por el Sr. A. Domínguez, que son dignas de aplauso.

La *Venus* de Milo llamada así por haber sido hallada durante unas excavaciones practicadas cerca de la ciudad griega de ese nombre, se encuentra en el Museo del Louvre en París y es conceptuada como modelo de perfecta belleza femenina. Es sabido que los brazos no fueron encontrados y no ha habido escultor en las muchas tentativas que se han hecho sobre reproducciones, que haya sabido crear unos brazos cuyo modelado y actitud concuerden con la impecabilidad del torso.

*Discóbolo*. En el desarrollo de la escultura en sus tiempos primitivos, el Discóbolo (arrojador de disco) marcó un progreso notable y abrió nuevos horizontes á los cultivadores de la plástica.

Myron, un artista de Atica como Fidias, quiso reproducir al hombre en uno de los momentos más fugitivos, quiso sorprender y eternizar un movimiento rápido como un relámpago, y creó su Discóbolo que es un efebo con el cuerpo recogido y los miembros en tensión, preparándose á arrojar el disco.

#### CAPILLA FUNEBRE

del Sr. Embajador

### Lic. D. Matías Romero,

EN EL PANTEON DE DOLORES.

El Sr. Lic. Don Matías Romero, en su último viaje que hizo á México, dispuso la construcción de un monumento fúnebre que guardara los restos de su esposa y encomendó desde luego el proyecto de la obra al Sr. Ingeniero Don Luis L. de la Barra, autor del que en grabado acompañamos.

El aspecto del monumento es hermoso; el conjunto y detalles, de estilo gótico, armonizan perfectamente. La altura de la capilla, de la base á la extremidad del remate, es de diez metros. El cuerpo saliente está sostenido por un haz de columnas, levantándose en los cuatro ángulos otras tantas torrecillas del mismo corte de la central que forma el remate.

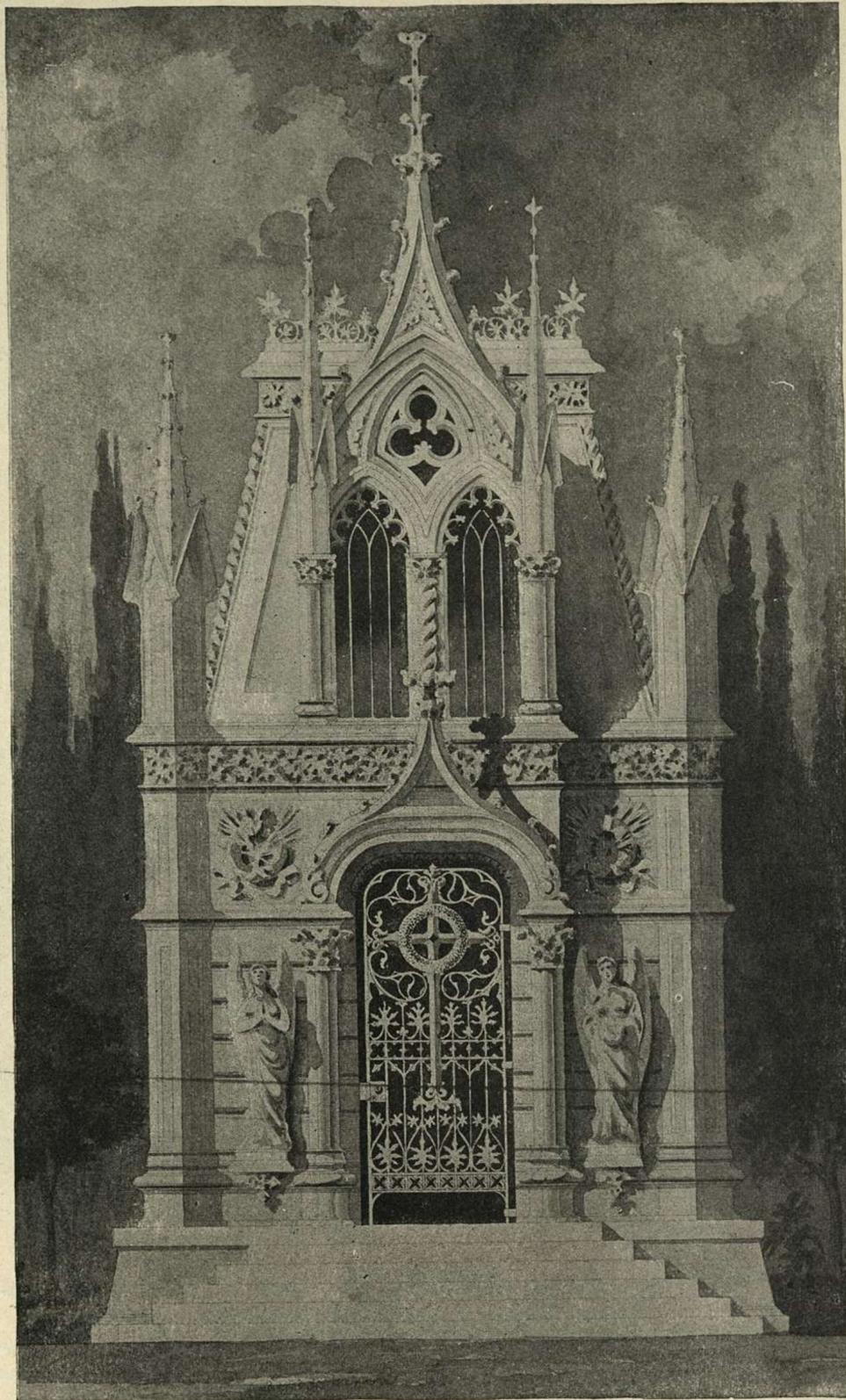
En el centro de la parte superior del monumento se destacan dos ventanillas, y entre ellas y hacia arriba, un rosetón. En la parte posterior y en el lugar que corresponde á las ventanillas hay una gran ventana de mosaicos de colores.

En la parte baja del monumento se ve á primera vista el precioso arco bizantino que forma la entrada principal y corona la elegante verja de bronce que cierra á aquella y ostenta en su centro una gran cruz también bizantina que tiene en la parte superior una corona metálica.

A los lados de la verja se alzan dos estatuas de mármol. La escalera es también de mármol blanco. Entre la imposta y el arquitrave hay unos atributos fúnebres en alto relieve. El Sr. Lic. Romero indicó, y así se hará, que las columnas que sostienen el arco bizantino fueran de granito escocés que se presta para delicado pulimento, dominando entre sus colores el fresa y el negro. La longitud del frente del sepulcro es de cinco metros cincuenta centímetros.

En el interior del monumento está la capilla de bóvedas ojivales; en el centro se levanta el altar de mármol.

El piso de la capilla sirve de techo á la cripta, que tiene cuatro metros cincuenta centímetros de longitud por dos metros ochenta centí-



CAPILLA FUNEBRE DEL SR. EMBAJADOR LIC. DON MATIAS ROMERO.  
(EN EL PANTEON DE DOLORES.)



OFICINAS DE «EL MUNDO» EN LOS DÍAS DE VENTA DE NOVELAS A 5 CENTAVOS.  
De fotografía tomada por un transeunte.

metros de latitud y tres metros de profundidad. Se desciende al interior por una escalinata de mármol. El Sr. Embajador ordenó verbalmente la distribución de las gavetas, que son diez, en esta forma: seis en el muro del frente, tres en la parte superior y otras tantas en la inferior y dos en cada costado.

En una de las gavetas inferiores del frente se halla actualmente el cuerpo de la señora Allen, y el mismo Señor Embajador manifestó á las personas de su familia, cuando se hizo el sepulcro del cadáver de la que fué su esposa, que deseaba que sus restos descansaran en la gaveta superior que corresponde á la ya ocupada.

La cripta está concluida y ya debe de haberse colocado la escalinata que á ella conduce, lo mismo que el pavimento de mármol. Se procede ya, según sabemos, á la construcción del revestimiento y artesonado interiores y de las piezas del cuerpo exterior.

El monumento todo es de mármol de Carrara, con excepción de las columnas de granito, y se construye en el Panteón de Dolores, en el extremo de la callecita norte que conduce á la Rotonda de los Hombres Ilustres.

## EL MUNDO DE LOS PRODIGIOS

### FAKIRES FALSOS Y VERDADEROS.

Hay en la India unos vagabundos mendicantes á quienes se designa con los nombres de *Djorghis* (contemplativos) y *Tupasivis* (austeros): en el mundo occidental son conocidos con el de *Fakires*, palabra árabe que significa «pobre.» Son sectarios de *Shiva* que buscan la santidad en el ascetismo y el sufrimiento físico.

Como el príncipe Bouhda, vagan por los caminos y cuando llegan á las aldeas y ciudades, el pueblo se congrega para presenciar sus prácticas extrañas, inverosímiles.

El dinero llueve á sus piés, pero ellos no lo reciben sino para entregarlo á los templos. Viven en la pobreza, venerados por el pueblo y en olor de santidad.

Desde hace muchos siglos se transmiten unos á otros sus fórmulas y constituyen una especie de sociedad oculta con su gerarquía y reglamentos serios.

Algunos de ellos, los *Djorghis* son juglares de maravillosa destreza que ejecutan toda clase de ejercicios de fuerza; se clavan largas agujas en la garganta y superan á los prestidigitadores más hábiles del mundo occidental.

Los *Atta Djorghis* (maestros) se entregan á prácticas sorprendentes para las cuales son condición previa la meditación y el ascetismo más riguroso y que sólo pueden explicarse (?) por un entusiasmo llevado hasta sus límites supremos.

La multitud que rodea á estos *maestros* se parece á los curiosos de nuestras ferias. Es el mismo cuadro, aunque más pintoresco en Oriente, gracias al cielo maravillosamente diáfano, á las muchedumbres famélicas de hombres, mujeres, ancianos y niños que contemplan respetuosamente al sectario de *Shiva*, y también al aspecto misterioso del fakir.

El *Djorghis* clava en tierra su vara de virtud y ensarta en ella hojas de higuera; se sienta en cuclillas á cierta distancia y mira fijamente la vara, extiende los brazos: sin que corra un soplo de viento, muévense las hojas como si una fuerza las agitasen.

El fakir recibe aplausos y pide que le traigan una especie de cítara, hecha con una concha de tortuga, suplican-



HACE TREINTA AÑOS QUE ESTE FAKIR TIENE LOS BRAZOS LEVANTADOS.

do á alguno de los concurrentes que designe el nombre de la canción que quiera oír. Con las muestras del respeto más profundo, un indio pide la marcha de «Radjeh-Singh» y sin que el *djorghí* lastoque, vibran las cuerdas de la lira con las guerreras notas. «Otra cosa» dice el fakir: una joven europea pide la marcha nupcial de *Lohengrin*, y el himno brota de la rústica lira.....

Todo esto no es más que juego de niños, porque el *djorghí* puede hacer mayores prodigios; penetra el secreto de las almas, explora con el pensamiento el bolsillo de los concurrentes, etc., etc. Un sabio explorador le pregunta si puede adivinar lo que está pensando y al instante la vara mágica traza sobre la arena palabras latinas. Y si en la memoria de un marinero cantas los versos fulgurantes de Mistral, la varita los escribe en la más pura lengua de Oc!.....

A otro marinero que desembarcó ese mismo día en Bombay y á quien nadie conoce, el fakir le dice su nombre, su edad, la ciudad de donde viene y el número exacto de libras esterlinas que lleva consigo.

Si algún fanático quiere someterse á la dura prueba, el fakir pedirá su espada á un oficial inglés y con ella asestará recios golpes sobre la nuca del infeliz paciente; la multitud tiembla de angustia, corre la sangre y la víctima cae en tierra..... El fakir deponela espada, levanta la mano y al instante la sangre deja de correr y el herido se levanta bueno y sano.



FANATICO SENTADO SOBRE PUAS DE HIERRO.

Entonces el vagabundo, seguido de la multitud entusiasmada, recorre las calles curando á los enfermos, conjurando la suerte adversa, indicando el lugar exacto en que se encuentran los objetos perdidos: nada escapa á su doble vista.

En el camino hay un pozo del que saca agua un indio: el mendigo se detiene, mira fijamente al aguador y este advierte de pronto que los cubos no suben. Tira con fuerza de la cuerda, mira si hay una aspereza que le impide deslizarse y hace nuevos esfuerzos sin resultado. Súbitamente cae mientras que el cubo sale del pozo: es que el *djorghí* ha desviado su mirada.

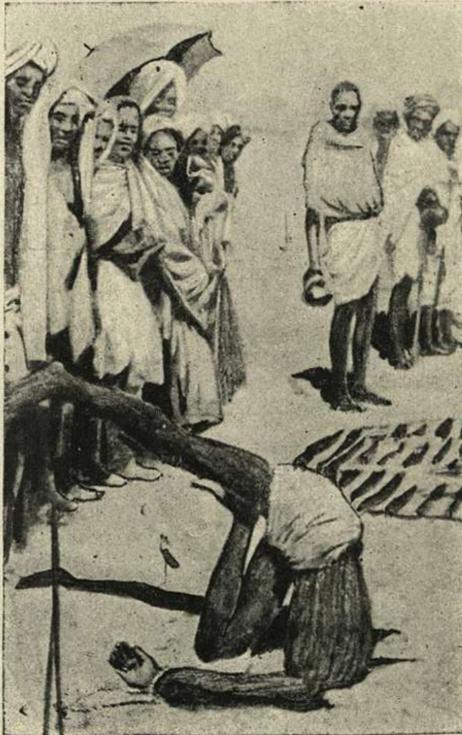
\* \* \*

Qué pensar de estos fenómenos y qué decir de los fakires inferiores que leen los pensamientos y agitan á distancia las hojas de los árboles?

Algunos de ellos, por interés ó fanatismo, llegan á hacerse adorar como dioses, imitando las actitudes de los antiguos ídolos. Y no se crea que esto es muy sencillo porque hay postura á la que no se puede llegar sino después de cuarenta años de ejercicios continuos.

Es imposible describir las dislocaciones de esos extraños acróbatas; relájanse de tal modo los ligamentos articulares que pueden mover los miembros en todo sentido anudándolos como si fuesen suaves bramantes. Así es como llegan á representar fielmente las contorsiones de sus ídolos de bronce, haciéndose adorar de la multitud.

Esto no es nada: en Benares, la ciudad santa por excelencia, asistimos á los espectáculos más extraordinarios. Seguido por una multitud inmensa, un *Atta-djorghí*, poseedor de los secretos más impenetrables, camina bajo los árboles corpulentos, pronunciando con flemma palabras automáticas; lleva una larga cuerda y busca con los ojos una rama. ¿Para col-



CON LA CABEZA ENTERRADA EL FAKIR PERMANECE INMOVIL SEMANAS ENTERAS.



LAS LIMOSNAS LLUEVEN JUNTO AL FAKIR ENTERRADO VIVO.



ALGUNOS FAKIRES PASAN LARGOS MESES ACOSTADOS EN UNA TABLA ERIZADA DE PUAS.

## MEXICO MODERNO.



CASA DEL SR. FRANCISCO ESPI-  
NOSA  
Calle de Patoni.

garse? Sí, para colgarse, y de los  
piés, con perdón de ustedes.

Tranquilo, soberanamente in-  
diferente á las observaciones de  
los circunstantes, se sujetan los  
dos piés con fuerte nudo corre-  
dizo, arroja la extremidad de la  
cuerda sobre una rama y comien-  
za á levantarse con toda tranqui-  
lidad. Si algún europeo perma-  
nece allí esperando el momento  
en que el fakir abandone su po-  
sición desagradable ya tiene pa-  
ra rato, por que va á quedar col-  
gado días, semanas y hasta me-  
ses. No da señales de congestión;



Casa de la Sra. María de la Fuente  
de Guichené. Calle dal Egido.

para la inhumación, el fakir se tapó con sera los ojos, narices  
y orejas, cubrióse con la lengua el fondo de la boca, cayó en sue-  
ño letárgico y fué cosido dentro de un saco que selló el radjad  
mismo en presencia de los ingleses. Colocóse el saco en un cofre  
de madera, depositándose éste en la morada subterránea del  
fakir. Esparciéronse encima algunas toneladas de tierra vegetal  
en la que se sembró avena y desde luego comenzaron á hacer gua-  
día constante los centinelas de más confianza del rey.

Dos veces se abrió la tumba antes del término convenido. El  
*djorghí* estaba en su lugar, rígido y frío. Por último, á los diez  
meses se abrió definitivamente la tumba: el fakir no se había mo-  
vido, tenía el cuerpo frío, conservando sólo un poco de calor en  
la parte superior de la cabeza; al pulsarlo parecía que estaba  
muerto. Dos horas de cuidados, fricciones y duchas de agua ca-  
liente, fueron necesarias para reanimarlo.

### Las novelas vendidas por "El Mundo" y "El Imparcial."

Pocas veces se había desmentido tan enfáticamente á los que  
sostienen que en México nadie lee, ó mejor dicho, que nadie quiere  
leer. Era de verse la entrada de nuestro edificio, sitiado, asalta-  
do por la multitud que venía á reclamar un volumen á cambio  
de 5 centavos y 3 cupones de «El Imparcial.» ¡Es claro! cuando  
el libro se vende barato, todos lo compran y todos leen. No es-  
tamos en la España de Fíguro: aquí leen los que pueden comprar  
un libro. Lo que se necesita es dar lectura barata. La prueba  
está hecha.

CASA DEL SR. GRAL. CARLOS PACHECO 1<sup>ª</sup> CALLE DE HUMBOLT.



## SIMBOLOS:

El Amado.—La Amada.—Las Vendimieras.—El Valle.—Las Montañas.—La Musa.

## INTRODUCCION A LAS EGLOGAS

EL AMADO.

*Frente á frente de un sol glorioso que se hunde entre nubes de oro con raudas de fuego.*

Hero, Laura, Julieta, Margarita, Ideal... yo no sé tu nombre; pero sé que debes llegar, y en el sendero velan todas mis ansias, Virgencita. Los amigos se mofan de mi cuita; mas yo que tengo fe porque te quiero, les respondo: Hace tanto que la espero, cómo no ha de acudir á nuestra cita?

Sin que el fuego del cielo me acobarde escudriñando el horizonte vivo desde que sale el sol hasta la tarde, y al cerrar, ya de noche, mi ventana, murmuro, resignado y pensativo: —Hoy no pudo venir. Será mañana.....

## EPISODIO PRIMERO.

## EGLOGA PRIMERA.

LA LLEGADA.

El Amado.—La Amada, (á lo lejos).

*Recordándose, toda bella entre las nébulas blancas de la mañana, desciende la Amada por la vereda que serpentea.*

*El Amado la contempla en los límites de la heredad florida y húmeda.*

*El sol se levanta como una aureola, coronando el cráneo nivoso de un monte.*

*Huele á rosas.*

EL AMADO.

Y te acercas por fin, cuando temprana la luz llueve su rosa en los alcores, y al mirarte venir cantan diana los pájaros, las fuentes y las flores. Si supieras! Mañana tras mañana, sin temer del invierno los rigores, salían á esperarte á la ventana como novias inquietas, mis amores.

LA AMADA

*Voz infinitamente armoniosa, coreada por los nidos que despiertan.*

Cuánto tardo en mirarte! los abrojos atormentan mi paso, dulce dueño, y siento de llegar tales antojos, que por verte más pronto, con empeño delante de mis piés corren mis ojos, delante de mis ojos va mi sueño.

EL AMADO.

Cual rayito de sol, tibio y riente, penetra tu mirar hasta mis huesos y su lumbre disipa todos esos presagios de terror que hay en mi mente.

LA AMADA.

Cual banda de palomas impaciente, como enjambre de párvulos traviesos, del nido de mi boca huyen mis besos al cielo misterioso de tu frente.

EL AMADO.

Ves? ya tiembla la luz en las montañas; son acaso tus ojos dos sibilas que mé anuncian el sol?

LA AMADA.

Por qué lo extrañas? muy pronto en nuestras pláticas tranquilas verás anochecer en mis pestañas, verás amanecer en mis pupilas.

## EGLOGA SEGUNDA.

LAS NUPCIAS.

El Amado.—La Amada.

*Bajo el emparado que forma un alero de esmeralda á la puerta de la rústica morada y en el que las uvas fingen racimos de ágata, ella se recuesta apacible. El reposa la cabeza en su seno. Ella le pasa por los cabellos las manos afiladas.*

*Un crepúsculo lílta y rosa da tonos augustos al ocaso y va languideciendo, languideciendo hasta morir en la creciente marejada de la sombra.*

EL AMADO.

Ya estoy en tu regazo. Qué serenos me contemplan tus ojos; cuál me inundas de amor! qué bien reposo en las rotundas y blancas almohadas de tus senos! Qué bien parlan tus labios, siempre llenos de ternura y de vida! qué coyundas tan leves son tus brazos! qué yocundas tus risas, y tus ósculos... qué buenos!

LA AMADA.

Ven, amigo, ya es hora del cariño, como el corsol las aguas de la roca, mi espíritu sediento te desea..... Ven, amigo, deshoja mi corpiño.... ven, abreva en el cáliz de mi boca.

EL AMADO.

Oh, mi noche de amor, bendita sea!

## EGLOGA TERCERA.

LAS VENDIMIERAS.

El Amado.—Las Vendimieras.

*Un pir toresco grupo de doncellas, frescas y alegres como una manita de Abril, golpea, riendo, con tirso florecidos, la ventana del aposento de la Amada, donde tiemblan las flores de la yedra. El Amado entreabre la ventana y habla al coro.*

*A lo lejos, en divina indecisión de matices, florece el alba como una gran rosa mística.*

EL AMADO.

Vendimieras rollizas, os conjuro por lo que más améis... otro momento dejadla reposar en su aposento de cañas y de arcillas, inseguro. Muy árdua fué la noche... Amor es duro velador y la sombra su elemento; que duerma! no golpees con ritmo lento la frágil palizada de su muro.

Dejadla reposar, caterva amiga! Así el buen San Isidro hinche la espiga, os dé para la Pascua novios fieles, cuaje toda heredad de oros opimos y de néctares nutra los racimos y de vino sabroso los toneles.

LAS VENDIMIERAS.

Dejémosla dormir! acaso en breve nuestros novios acudan á la cita y en cortejo vayamos á la ermita coronadas de pétalos de nieve.

EL AMADO.

Dejadla, por piedad, que el sueño pruebe; furtivo es el placer, lenta la cuita, mañana os seguirá de mañanita por collados y oteros su pie leve.

EL AMADO (ap.)

Retirándose van las vendimieras en medio de los oros de las eras y se pierden, por último á lo lejos, el eco pastoral de sus canciones, el azul de sus luengos pañolones y el oro de sus vivos zagalejos.

*Vuelo de palomas blancas hacia el alba.*

## EGLOGA CUARTA.

EL AMANECER.

El Amado.—La Amada.

*Pleno claro de sol que entra en haz hirvien e de átomos de oro al aposento.*

*La amada dormita. Su busto surge de la albura de las ropas, como una flor de carne de la nieve.*

*El Amado de rodillas al pie del lecho la contempla. Afuera la naturaleza despierta glorificada por la luz.*

EL AMADO (ap.)

Puebla el aire la voz de la campana, enciéndense los tules de la aurora y el capuz de la niebla se colora y el rumor de los nidos se desgrana. Entintada de rosa la fontana espereza su linfa arrulladora, y el sol, como una gema ignicolora, se prende en el azul de la mañana.

Al soplo de las auras estivales erizan crepitando los maizales

su airón de seda roja en el barbecho  
cuajado de topacios y amatistas.....

(A la Amada.)

Amiga, es hora ya de que te vistas;  
la luz juega en las ropas de tu lecho.

LA AMADA (despertando.)

Palpé la realidad ó desvarío?  
Es cierto que al amparo de la noche  
mi cáliz virginal abrió su broche  
tremulante de gotas de rocío?  
Es verdad que te he dado mi albedrío?  
Verdad que de vivir hice derroche  
ayer, y sin cautela y sin reproche  
fuí presa de tus brazos, dueño mío?

EL AMADO.

*Transición del éxtasis á la meditación.*

No intentes definir con loco empeño  
tus instantes de dicha transitoria,  
que, ante el hondo misterio del pasado,  
lo mismo son las dichas que su sueño,  
lo mismo es de un bien cierto la memoria  
que el recuerdo de un bien solo soñado!

## EPISODIO SEGUNDO.

### EGLOGA QUINTA.

#### LA PARTIDA.

El Amado.—La Amada.

Toda expresiva de tristeza, ella, en traje de romera, á la puerta de la morada. El rodeale la cintura con la cintura, y en su rostro se refleja la melancolía de los instantes solemnes.  
En los campos, Flora, al sol de la mañana, se muestra ataviada, como Salomón en los días de su gloria.

LA AMADA.

Amado, ya me voy. Bebí tu vino,  
á tu mesa yanté, puse á tus lares  
las primicias de Abril: miel, azahares  
y nenúfar del lago cristalino.  
Tiempo es ya de que cumpla mi destino;  
me aguarda el humo azul de mis hogares.

EL AMADO.

Dios bendiga tus años si tornares!  
Anda en paz y no olvides el camino.

LA AMADA.

Por Julio tornaré, cuando en las lomas  
se besen, zureando, las palomas,  
y enrojezcan las tardes como fraguas  
y fulguren las rubias maravillas  
y broten las moradas tempranillas  
y se anuncien los truenos de las aguas.

EL AMADO.

Escucha: si al tornar, á los confines  
del predio no salí para besarte,  
ni corren jubilosos á encontrarte,  
meneando la cola, mis mastines,  
no inquietas ni preguntes ni festines  
los ecos á tu voz; déjame y parte.  
Dormiré, fatigado de aguardarte,  
al abrigo del soto de jazmines.

Dormiré para siempre... no me llores:  
entre flores nací, yazgo entre flores,  
y encontré, más dichoso que los sabios,  
que es amable y fecunda la existencia  
si se lleva un fulgor en la conciencia  
y una gota de miel entre los labios.

### EGLOGA SEXTA.

#### EN MARCHA.

La Amada, (sola).—El Amado, (solo).

La Amada marcha contemplativa por los senderos, inclinándose de cuando en cuando, para coger una flor que aspira y se prende á los cabellos.

Los mil rumores del campo la rodean.  
El sol luce en lo alto del cielo como un escudo de bronce prendido á una tienda de campaña inmensa y azul.

LA AMADA.

Arroyo de cristales bullidores  
que finges al correr entre las gramas  
hidra inmensa de nítidas escamas,  
clarosonante ruta de colores.....  
Campiñas en que vagan los olores  
del aniz, del tomillo y las retamas;  
nidios que desgranais entre las ramas  
vuestrros trémulos cánticos de amores:

Sabed que soy feliz, pues fuí querida,  
que en una hora de amor viví una vida  
y que á todos los vientos que encontrare  
un mensaje daré para el Amado:  
Oh viento, gran suspiro perfumado,  
*olvideme de mí si le olvidare!*

EL AMADO.

*Pensativo á la vera del camino, mirando desvanecerse gloriosamente la tarde.*

Fatigaré para seguir tus huellas

el mundo, de hoy más eriazó y frío,  
y oirán hoscas montañas, valle umbrío,  
el clamor de mis lánguidas querellas.  
En las noches de Abril, mansas y bellas,  
levantando mis ojos al vacío,  
—Habeis visto á la que ama el pecho mío?  
preguntaré llorando á las estrellas:  
Y piadosos, el valle y las montañas  
conociendo mis íntimos dolores  
y movidos tal vez de mi quebranto,  
me dirán con la voz de sus entrañas:  
—Vas á ver cómo vuelve! ya no llores...  
Y yo responderé: Padezco tanto!

### EGLOGA SEPTIMA.

#### LAS GRANDES VOCES.

El Valle.—Las Montañas.—El Amado.

Desgarrando el silencio de un atardecer en que tiembla ya el oro pálido de las estrellas, dos grandes voces: la del Valle y la de las Montañas, surgen á la invocación del poeta coteadas á lo lejos por los clamores del Angelus.

Pasan fatigados los últimos vientos.  
Del sol queda una franja roja maculada de nubes.  
Hace frío.  
El Amado escucha y después se pierde melancólico en la morada ya oscura, ya huérfana de ella, donde celebró su misa de amor.

EL VALLE (al AMADO).

Qué sé yo de tu mal! Callo y germino  
bajo todos los íntimos dolores;  
mis solos pensamientos son las flores  
y las matas que huella el peregrino....  
Mortal que se me da de tu destino!  
Mortal, qué se me da de tus clamores!  
Ven, ahoga en mi seno tus amores,  
de tu carne haré rosas del camino.  
Ven á mí, ya no robes á Deméter  
sus jugos y su fósforo, ni á éter  
los gases de tu cuerpo... ven inerte  
á yacer en mi túnica inconsutil;  
el hombre, cuando vive, es menos útil  
á la eterna creación que cuando duerme.

LAS MONTAÑAS (al AMADO).

¡Oh mortal! es en vano que renueves  
tus suspiros, tus quejas y tus rimas:  
glaciales somos, ay! cual nuestras cimas  
hopadas *in eternum* por las nieves!  
Oh cuanto yerras si á esperar te atreves  
que con tus pobres cantos nos animas!  
No podremos mezclar, aun cuando gimas,  
una gota de miel al mal que pruebas.

Arrugas milenarias del planeta,  
guardamos en cada grieta,  
que el rayo con fulgores instantáneos  
no logra penetrar; y siempre mudas  
nos hallarás, de compasión desnudas,  
rasgando el cielo azul con nuestros cráneos.

## EPISODIO TERCERO.

### EGLOGA OCTAVA.

#### EL REPROCHE.

El Amado.—La Musa.

La sombra de la estancia en que el amado pena, muestra de pronto un leve flor cimientó de luz.

De la tiniebla surge, visible é inmaterial al propio tiempo, como un peri-espíritu, la Musa. Esbelta como Jigeta, encarna en su hermosura augusta toda la belleza clásica y toda la inquietante belleza moderna.

Hay en sus ojos la plenitud del ensueño.  
Su voz penetra al alma sin el intermedio del oído, como el dardo de una música inmortal.

Está celosa de la Amada y la inflexión de su acento es de d'vino reproche.

LA MUSA (I).

Ah! tú ya me desdénas! no te mueve  
la pena sin medida que me embarga  
y tu cruel desamor halla muy larga  
la vida que mi sueño halló tan breve.  
Quién habrá que los éxtasis renueve.  
de un amor que fué vuelo y que hoy es carga,  
de un amor que fué miel y que hoy amarga,  
de un amor que fué llama y que hoy es nieve!  
Y pensar que en las noches invernales,  
cuando enfermo, sin fe, sin ideales,  
lamentabas del sino los excesos,  
enjugué de tu llanto el mar salobre,  
partí tu duro tálamo de pobre  
y sollozando te arropé en mis besos....

LA MUSA (II).

Como madre que vela y se consume  
contemplando la cuna de su niño,  
como garza que arroja en el armiño  
de su blando plumón al hijo implume;  
Como habil hortelano que consume  
su esfuerzo en un botón que pide aliño,  
el capullo celé de tu cariño  
por ver si daba flor y era perfume!  
Que lo digan la rosa y los claveles,  
que lo digan las dahlias de caireles  
matizados, la fusia y la violeta....

Y todo para qué! para que un día  
otros labios bebieran ambrosía  
en el lirio ideal de mi po.ta!

EL AMADO.

Basta, Musa, consuélate, no llores!  
quien osara decir, dueño mío,  
que pago tus piedades con desvío,  
deshojando tus flores y mis flores?  
Hombre soy y me rindo á los amores;  
mas enlace á las dos en mi albedrío,  
como enlaza dos márgenes un río,  
como enlaza un matiz á dos colores.

Ya no penes, por Dios; en giro ledo  
ven á mí como ayer y sin agravios  
con ósculo de paz mi boca sella.

LA MUSA.

No, no quiero acercarme, tengo miedo  
de hallar, trémulo aún entre tus labios,  
al quererte besar, el beso de ella....

EL AMADO.

Si vieras á mi novia, holgando quejas  
envidiaras el ímpetu inseguro  
de la humilde parásita del muro  
que sube á darle flores á sus rejjas.  
Es tan linda que tú te le asemejas,  
hechizo es su mirar, su voz conjuro,  
y geranio de olor su aliento puro  
y pétalos rizados sus orejas.

De sus labios destilan ricas mieles,  
son aleros de seda sus pestañas  
y tiene en sus mejillas tentadoras  
los perfumes de todos los vergeles,  
las frescuras de todas las montañas  
y las rosas de todas las auroras.

LA MUSA.

Y yo... no soy hermosa? Quién resiste  
á mis ojos! mis ojos, bien amado,  
son dos lotos de cáliz azulado  
que tiemblan sobre un mar sereno y triste....  
Mi cabello es un haz que se reviste  
del más bello matiz tornasolado;  
mis cejas son dos alas que han posado  
su vuelo sideral cuando las viste.

Mis labios, exquisitos cual manjares  
de la mesa del rey, cantan ufanos  
los versos del Cantar de los cantares;  
dos tréboles de nácar son mis manos,  
mis senos dos colinas de azahares,  
mis piés dos leves párvulos hermanos.

EL AMADO.

Amiga, es la verdad; nadie pregona  
sus encantos mejor; tu frente brilla  
como un orto de sol; tu faz humilla  
la belleza ideal de una madona.  
Tu amor es mi heredad y mi corona,  
mi cielo está en tu rostro sin mancilla;  
pero ella es la mujer de mi costilla,  
la carne de mi carne, mi varona.

Eres alta, ella humilde; tú eres astro,  
ella sólo mortal; mas cuando arrastro  
la cruz de mi pasión, mientras tú sueñas,  
ella, en pos de mi Gólgota bendito,  
me sigue como humilde corderito,  
dejando su toison entre las breñas!

*La musa se pierde suspirando en la sombra.*

## EPISODIO CUARTO.

### EGLOGA NOVENA.

#### EL RETORNO.

La Amada.—El Amado.

La Amada, como la Esposa de los Cantares se encamina en busca del Amado en medio de un paisaje plácido y riante.  
Los trigos dorados ondean fingiendo un raudal de cabelleras rubias, como si á la tierra hubiesen caído todas las de los ángeles.....  
En la voz de la Amada hay júbilo y esperanza.  
El amor hincha su seno redondo como si bajo de su jutillo se esponjase una paloma.....

LA AMADA.

*Perfuman las mandrágoras;* (1) las flores  
se yergen titilantes de rocío  
y esmaltan sementeras y baldío  
como estrellas de vívidos colores.  
La caterva riante de pastores  
aléjase jovial del caserío,  
á la vera del úber sembradío  
donde cuaja la espiga sus primores.  
Ya llegan del portal á las ruinas,  
piando de placer, las golondrinas;  
ya procuran las garzas los ribazos,  
ya vuelve el pato azul á los juncales,  
ya regresa el gorrión á los trigales  
y yo torno mi bien hacia tus brazos!

[1] Cant. de los cant.

## EL AMADO.

Mientras tú estabas lejos del Esposo  
 fué perenne espejismo del sentido  
 tu nombre, que es arrullo en el oído  
 y en los lábios almibar delectoso.  
 A causa del aroma delicioso  
 que tienes en los labios escondido,  
 tu nombre es un aroma difundido  
 por las alas del viento nemoroso. (1)  
 Oh vuelve á mí, te aspiraré anhelante  
 cual saquito de mirra perfumada,  
 Zulamita gentil (aunque morena  
 porque el sol ha mirado tu semblante) (2)  
 Ven á mí, ya te aguarda en la majada,  
 modulando sus *églogas* mi avena.

## EPISODIO QUINTO.

## EGLOGA DECIMA

## EL DESPERTAR.

## EL AMADO.—LA AMADA.

El iris ha desaparecido; perdió su oro la mariposa; el prisma yace roto..... el amor es ido.

El Amado *despierta* y contempla á la Amada que duerme á su lado, como se contempla en una orgía, al fulgor del amanecer, los rostros marchitos y las flores muertas

El invierno llega á la heredad; el cielo es limpio, desteñido y triste; flotan grumos de escarcha como guñapos de ilusión y de inocencia.

Las hojas caen, caen, caen....

## EL AMADO.

Mujer, ¿bajo qué luz, bajo qué prisma  
 amé tus ojos y seguí tu huella,  
 que hoy, rota la ilusión, eres *aquella*  
 y eres *otra* a la vez, en raro cisma?

Contradicción humana que me abisma,  
 sarcasmo formidable de mi estrella....  
 Fuiste luz y eres noche... Fuiste bella  
 y eres sombra tan sólo de tí misma.

Soñé que te quería en un remoto  
 Paraíso de amor, pero ya roto  
 el encanto mirífico despierto,  
 y encuentra por su mal el alma esquivo,  
 una pobre mujer, ardiente y viva  
 y un ensueño de amor, helado y muerto!

## EL AMADO. (II)

Corazón, corazón, tú que blasonas  
 de la gloria de amar.... amaste en vano....  
 era carne nomás, era gusano  
 la sien que circundabas de coronas.

(1) Cant de los carl.  
 (2) Ibid.

Por qué lates, qué buscas, qué pregonas...  
 Amor es fuego fatuo de pantano....  
 Ven, maldice al amor, como el enano  
 nibelungo en las fábulas tentonas....  
 Ven, maldice al amor: Petrarca, Dante,  
 Tasso, Shakespear, Musset, oh! cuán distante  
 estaba la mujer de vuestra meta!  
 A la mujer divinizasteis; pero  
 como Job del infecto estercolero,  
 surgió siquiera incólume el poeta.

## LA AMADA

*Atejiéndose inmensamente triste... hacia la muerte.*

Nubes, auras, perfumes, tarde umbría,  
 valles, montes de azur... doquier que fuere  
 os irá preguntando el alma mía:  
 ¿Decid, hay duelo igual al que me hiere?  
 Mi amor, mi solo bien, fué luz de un día,  
 surgió, brilló... tramonta y se me muere!  
 El amigo que tanto me quería  
 y á quien tanto adoré ya no me quiere....  
 Su numen me vistió de resplandores,  
 sus estrofas cantaron mi belleza,  
 su joven fantasía me dió galas;  
 mas pasó la ilusión como las flores,  
 y he aquí que languidezco de tristeza  
 de ya no poseer iris ni alas.

## EPILOGO.

## Invocación á la Musa.

La Amada ha muerto, asesinada por el Desencanto. El Amado, hijo pródigo del verdadero Ideal, se vuelve arrepentido hacia la Musa que es el Arquetipo inmutable, perennemente joven y perennemente bello.

A medida que la invoca, la Musa se condensa en formas de luz.... te reprocha maternalmente su desvarío y por fin le ampara. Suenan entonces los cimbalos de la eterna gloria y en el alma del Amado hay un florecimiento de astros.

## EL AMADO (á la MUSA.)

Vuelvo á tí con ternuras infinitas  
 en demanda de paz; está cansado  
 mi báculo de haber peregrinado  
 en pos de amor y recogiendo cuitas.  
 Tú sola ni te vas ni te marchitas;  
 tú sola eres verdad, oh dueño amado!....  
 Vieras... ya nada tengo... he deshojado  
 con fiebre de placer mis margaritas....  
 Ampárame y alivia mis congojas,  
 en mi vida sin fe caen las hojas  
 y ni un pétalo queda ni un retoño.  
 Te dejé con el alma en primavera  
 y torno á tu regazo con la austera  
 tristeza de las tardes del Otoño....

## LA MUSA.

Pena, pena, tus lágrimas apura  
 y redímete así, pues que quisiste  
 trocar á la mujer que es *carne triste*  
 en Beatriz de tu vida: *selva obscura*.  
 La mujer es la carne, que fulgura  
 con fulgor de ilusión, mientras resiste.  
 Después... ido el fulgor, sólo persiste  
 el dejo del pecado y de la hartura.  
 Lloro, llora tu sueño hecho pedazos  
 y luego ven y duérmeme en mis brazos;  
 yo soy la sola esposa que no hastío,  
 yo soy la sola flor nunca marchita.  
*Hero, Laura, Julieta, Margarita:*  
 yo soy! ven á las nupcias dueño mío!

## EL AMADO. (ap.)

Oh mi reino interior, refugio abierto  
 á todos los cansancios, te columbra  
 á lo lejos mi mal, como vislumbra  
 la angustia de los naufragos un puerto.  
 Agarr abandonada en el desierto,  
 bajo un sol que abochorna y que deslumbra,  
 mi espíritu soñaba en la penumbra  
 delectosa y tranquila de tu huerto!

No más vida exterior, ámenla otros.  
 La beldad está dentro de nosotros  
 y en mi mente inmortal veré sus huellas....  
 Pedí cielo y estrellas al abismo  
 y hallé tras largo viaje que en mí mismo  
 llevaba sin saber cielo y estrellas.

## ENVIO.

## A AUREA.

A tí, que con un ímpetu que asombra  
 caminas hacia Dios, tu eterno dueño,  
 y vives en el Sueño como un sueño  
 y en la Sombra te duermes como sombra:  
 Por tu labio que á Cristo sólo nombra,  
 y tu carne que sangra en duro leño  
 y tus piés abnegados cuyo empeño  
 es hallar muchos cardos por alfombra;  
 A tí, vaso de amor y de tristeza  
 que ves en el martirio una grandeza  
 más alta que las nubes y las cimas,  
 á tí, *Santa*, mi numen te dedica  
 este libro que al Sueño glorifica  
 con la gloria inefable de las rimas.  
 1898.—México.

*Amado Derrero*

## FRAGMENTOS DE UN LIBRO DE VIAJE

## PARTIDA DE BERLIN.

## I.

El sábado 14 de Agosto á las 5 de la tarde, nos aprestábamos á dejar á Berlin, la epulenta, la soberbia y fastuosa capital del moderno imperio germánico, la ciudad del oso, que tal es su significado etimológico; y, después de haber recorrido cuatro días sus amplias, hermosas y modernas calles, visitado sus palacios soberbios y admirado sus colosales monumentos, nos disponíamos á partir para Varsovia, la vieja capital del infeliz reino de Polonia, definitivamente incorporado hoy al enorme imperio de los Czares, y reducida á la categoría de cabecera del gobierno de su nombre.

Comíamos pues, presurosos, el Dr. Carvajal y yo en un hermoso restaurant al aire libre, situado á orillas del Kindgarten; y entre bocado y bocado, comentábamos las impresiones que nos había causado la capital del Kaiser, que se afana en rivalizar y eclipsar á la simpática ciudad del Sena, y recordábamos á nuestra querida patria, distante millares de leguas de nosotros, y que en aquellos momentos, sumergida en las sombras de la media noche, descansaría bajo el constelado manto de su incomparable cielo tropical.

Terminada la colación, arreglada la cuenta del hotel, puestos en el pescante de un gran coche nuestros pesados equipajes, y acomodados ambos viajeros dentro del vehículo, dimos la orden de marcha, y á los dorados y pálidos rayos de un sol poniente, vimos por

última vez los hermosos tilos del Kindgarten, la esbelta columna del monumento de la Victoria, pasamos por la soberbia puerta de Brandeburgo, recorrimos la hermosa avenida llamada Unter den Linden, y pocos momentos después llegábamos á la grande y soberbia Estación, donde debíamos tomar nuestro tren.

Inmenso era el aflujo de gente que allí había acudido, vivas nuestras emociones y punzantes nuestras inquietudes. Poco diestros en la enrevesada lengua de Goethe, tan dificultosa para oídos y labios latinos: ¿cómo saber cuál era nuestro tren, si á cada minuto desfilaban delante de nosotros prolongados convoyes, destinados, ya á Viena, ya á las Provincias Bálticas, ya á las regiones meridionales?

Por fin, sin que pueda yo decir cómo, subimos á un tren. Mas ¡ah! estaba henchido de viajeros, se componía de wagones de pasillo, *de couloir*, que dicen los franceses; pero los sitios estaban ocupados por entero, y los infortunados mexicanos nos encontrábamos de pié en los pasillos, embarazados con nuestras petacas, y revueltos con individuos de otras naciones, que hablaban todas las lenguas, menos la sonora y armoniosa nuestra. El tren había partido ya, y á la pálida luz del crepúsculo recorríamos el perímetro nordeste de la gran capital prusiana.

Fuera ya de Berlin, el tren se detuvo, y se escuchó la agria voz del conductor, que en su garganta teutona elaboraba sílabas que más nos parecían gruñidos y

que nuestro oído, habituado á los sonidos netos y límpidos de la lengua española, no podía distinguir. Alguna alma caritativa nos dijo en francés que se invitaba á los viajeros, que no tenían asiento, á bajar del tren y que á los dos minutos pasaría otro con destino á la frontera rusa, donde todos podrían instalarse con relativa comodidad. Nueva confusión, batahola indescriptible, caos de pareceres, conflicto de opiniones: unos negaban todo crédito á la promesa del conductor, que tomaban por red astuta para engañar á los incautos, y dejarlos á campo raso, á la luna, que no de Valencia sino de Berlin sería; otros fiados en la formalidad germánica, juzgaron que era aceptable la invitación, pues la perspectiva de pasar la noche de pié prensados como sardinas en banasta, era la peor de todas. Los Dres. Hurtado, Vallejo, Carvajal, y el que esto escribe, con otros viajeros numerosísimos de todos los países de Europa, adoptamos el último sentir y descendimos. Segundos después el largo convoy, con su pequeña y poco ruidosa máquina, con sus wagones bajos y cortos, se deslizó con indecible rapidez, sumergiéndose en las sombras que ya cubrían el horizonte.

Hétenos, pues, en campo raso, á algunos kilómetros de Berlin; los grupos de viajeros formaban compacta masa negra en la nocturna sombra, aún clareada por tenues matices crepusculares; se oían acaloradas discusiones, se veían gesticulaciones vivas, distinguiéndose de vez en cuando el *sacre nom* francés y el *God damn* inglés.

En esto, un voto bien conocido por nosotros, seguido de enérgica protesta formulada en castellano, con marcado acento español, nos llenó á los mexicanos de sorpresa, causándonos el extremo regocijo, que en tierra extranjera se experimenta al oír la lengua de la patria. Es una miserable engañifa, decía aquella voz, nos han engañado como á unos chinos, y luego se atreven estos bárbaros del norte á hablar del mal servicio de los ferrocarriles de España. En Cataluña no se deja así como así á los viajeros tirados, como sacos de trigo, en medio del campo.

Nos acercamos al que así hablaba, deduciendo un rostro amigo de aquella lengua amiga, y tan familiar y grata. Era un caballero de pequeña estatura, de fisonomía inteligente y enérgica, acentuada por una hermosa y poblada barba negra. No nos habíamos enga-

ñado, le conocíamos muy bien, era un sabio médico de Barcelona, había permanecido algún tiempo en México, mostrando á sus colegas mexicanos la mayor simpatía; nuestra Academia de Medicina, á la que presentó notables trabajos, le había admitido como socio corresponsal. La sorpresa y el regocijo suyos equivalieron á nuestro regocijo y á nuestra sorpresa, nos abrazamos cariñosamente, en breves frases, hablamos de nuestras patrias respectivas, declarándolas más agradables y cómodas que aquella tierra de Arminio, que aquella Prusia soberbia, militar y conquistadora, hostil á la raza latina, y cuyos ferrocarriles, á pesar de estar incorporados al gobierno y sujetos á la disciplina militar, despedían con tanta descortesía á los viajeros, dejándolos al fresco.

Un rumor sordo é indescriptible, cortado por sil-

bidos roncós y como ahogados, y el desfile de un largo convoy que venía hacia nosotros, desmintió nuestras inyectivas y puso fin á nuestras injustas críticas. Los teutones cumplían su palabra; apenas habían pasado los dos minutos, cuando el tren prometido, con el ojo ciclopeo vuelto á la frontera rusa, venía á recoger á los viajeros sobrantes y á llevarlos á Alejandro, trasladándolos de los dominios de Guillermo á los de Alejandro III, llevándolos de las orillas del Spree hasta la vasta y lejana cuenca del Vístula. El crepúsculo vespertino había acariciado nuestros párpados en el corazón de Prusia; el matutino los besaría á las puertas del enorme imperio fundado por Pedro el Grande.

DR. PORFIRIO PARRA.

## DE MIS ROMERIAS.

### MORISCA.



ME recordarás aún, así como yo te recuerdo, gitanilla? . . . . .

Todavía te guardo en el corazón, tal como te hallé por vez primera en la colina de la Alhambra, en el camino de aquel bosque de álamos negros que va de la Cuesta de los Gomeles al célebre alcázar morisco; todavía te guardo en el corazón, tal como te miré muchas veces en aquellos tibios y claros mediodías de Abril: descalzos los pies, humildé el vestido, las mejillas como rosas quemadas del sol, los ojos profundos y diáfanos como el cielo de Andalucía, y un clavel, muy rojo, prendido en el moño, muy negro.

Yo subía soñando con viejas cosas y tiempos viejos, pensando en Zegrías apuestos, Abencerrajes cabalerosos y Gomeles arrojados. Por cada orilla del camino bajaba de la cumbre, cantando, un arroyuelo; y me figuraba que los dos arroyos iban diciendo, en su charlar indiscreto y contínuo, historias de sultanas que amaron y fueron amadas en los jardines del Generalife, á la sombra de los laureles, por los senderos de arrayán. De cuando en cuando, en lo profundo del bosque, rompía el silencio una escala de notas temblorosas: eran los primeros ruiseñores, los ruiseñores de la primera cría que ensayaban sus tiernas gargantas. El sol, insinuándose por los claros del follaje, taraceaba fantásticamente el suelo con discos luminosos.

Y yo iba soñando con viejas cosas y tiempos viejos, oyendo con la imaginación el eco de zambras alegres y los suspiros de serenatas melancólicas, errantes como sollozos de amor en el misterio perfumado de las noches granadinas.

De repente me ví en medio de un círculo de mujeres: unas, viejas, de rostro color de bronce, fatigados y mustios, las cuales pretendían explotar mi piedad, mostrándome en los brazos á sus pobres *churumbeles*, niños de ojos garzos y enigmática sonrisa, arropados en pañales andrajosos; otras, muy jóvenes, de atrevido mirar, que llevaban flores en las manos y el cabello, y mientras me ofrecían las flores de sus manos, me provocaban con la flor de su belleza, destinada á entreabrirse precozmente, dejando correr de su corola, en un río de fragancia, el capitoso aliento de la tierra andaluza. Y todos me adulaban con gestos de cariño y frases halagüeñas. persuadiéndome las viejas á que regalara una moneda á sus chiquillos, obligándome las jóvenes á que les comprase rosas y claveles. Sólo tú, como indiferente al salto de que yo era víctima, permanecías á un lado, inmóvil, sin decir palabra, observándome de hito en hito con una mirada misteriosa. Seducido por tu actitud reservada y discreta, quise á tí sola comprar flores. . . . . Pero, cuando iba á darte dinero en cambio de tus rosas, encendiéronse tus mejillas y echaste á correr, dejándome perplejo.

Desde aquel momento empezó un idilio, tal vez el último idilio casto de mi juventud errabunda. Y todavía no sé cuál de los dos fué más tímido, gitanilla: si el viajero á quien dijiste claramente que lo amabas con tus maneras y tus flores, ó tú que, á veces, para verlo pasar, te escondías en el bosque, tras el tronco de los álamos negros. Cuando no te encontraba á mi paso, en el sitio de costumbre, mi corazón te presentía, te adivinaba oculta en la espesura, atisbándome por entre las ramas con tus ojos vibrantes como centellas.

Raras veces hablábamos, y en el fondo del bosque parecía como si los ruiseñores quisieran en sus cantos

burlarse de nuestro idilio mudo, mientras que los mismos arroyuelos del camino, maliciosos como nunca, en vez de pasar contando historias de sultanas amorosas, venían cuesta abajo desternillándose de risa. . . . Ah! ¿Por qué no cambié, entonces, mi traje estrecho y ruín por el traje holgado y pintoresco de tus compañeros de tribu? Quizás no padecería lo que ahora padezco, gitanilla: sería feliz, aún habitando la cueva, abierta con la roca suspendida sobre el Darro, en donde me invitaron á reposar, una tarde, tus camaradas; viviría contento, siempre al lado tuyo, marchando al través de horizontes dudosos, hacia comarcas desconocidas.

Pero las sendas largas están llenas de peligros, y la mía es de esas: está sembrada de flores malévolas; entre la hierva suave que la tapiza hay redes traidoras ocultas; en sus orillas hay mares y lagos muy azules y quietos, de cuyas profundidades surge, y como un beso, resbala por las ondas, el cantar voluptuoso de Sirenas falaces; y en todas sus revueltas existen ojos, como lagos de cristal impasible y sereno, que son prisiones de luz. En una de esas prisiones gimo encerrado, gitanilla, suspirando, por mi vida aventurera, por todos los paisajes en medio á los cuales he vivido, por todos mis amores y todos mis idilios fugaces de viajero, sin esperanzas de futura libertad, y sin otro consuelo que verte al través de la de mi nostalgia eterna, así como te miré muchas veces en aquellos tibios y claros mediodías de Abril: descalzos los pies, humildé el vestido, en las manos un ramillete de flores frescas, las mejillas como rosas quemadas del sol, los ojos diáfanos y profundos como el cielo de Andalucía, y un clavel muy rojo, prendido en el moño, muy negro.

Caracas.

M. DIAZ RODRIGUEZ.



## DOS SONETOS DE D'ANNUNZIO.

(DE LAS PLASTICE).

A FERNANGRANA, POETA

### I

#### ARGENTEA.

Desnuda, en pronación sobre la grata  
Ribera, la conquista lentamente  
El flujo de la mar, y es, á la ingente  
Luz de Febe, Calípiga de plata.

Su actitud es obscena. Se dilata  
Esculpido en los lomos, decreciente  
Doble surco y el dorso reluciente  
Se plega con donaire y arrebatada.

Las olas crecen y á la Venus llegan,  
Al helado contacto se estremece  
Y en sus espaldas las cosquillas juegan.

En su actitud solemne permanece;  
Las olas la levantan, y la entregan  
Al misterio del mar. . . . y desaparece.

### II

#### CUPRICA.

Ha salido del baño, goteando;  
De su cabello en la guejeja obscura  
Envuélvese y estampa su figura  
En la arena que oprime, tiritando.

Están entre sus dedos palpitando  
Las palomas de Venus, y procura,  
Por aquí y acullá, la punta dura  
Ocultar que levántase temblando.

Se retuerce, y la arena humedecida  
Le florea la piel de modo vario;  
Sobre las algas quédase dormida,

Envuélvela Selene en un sudario,  
Y una estatua de cobre corroída  
Parece en el ribazo solitario.

1898.

Versión de RAMON MENA.



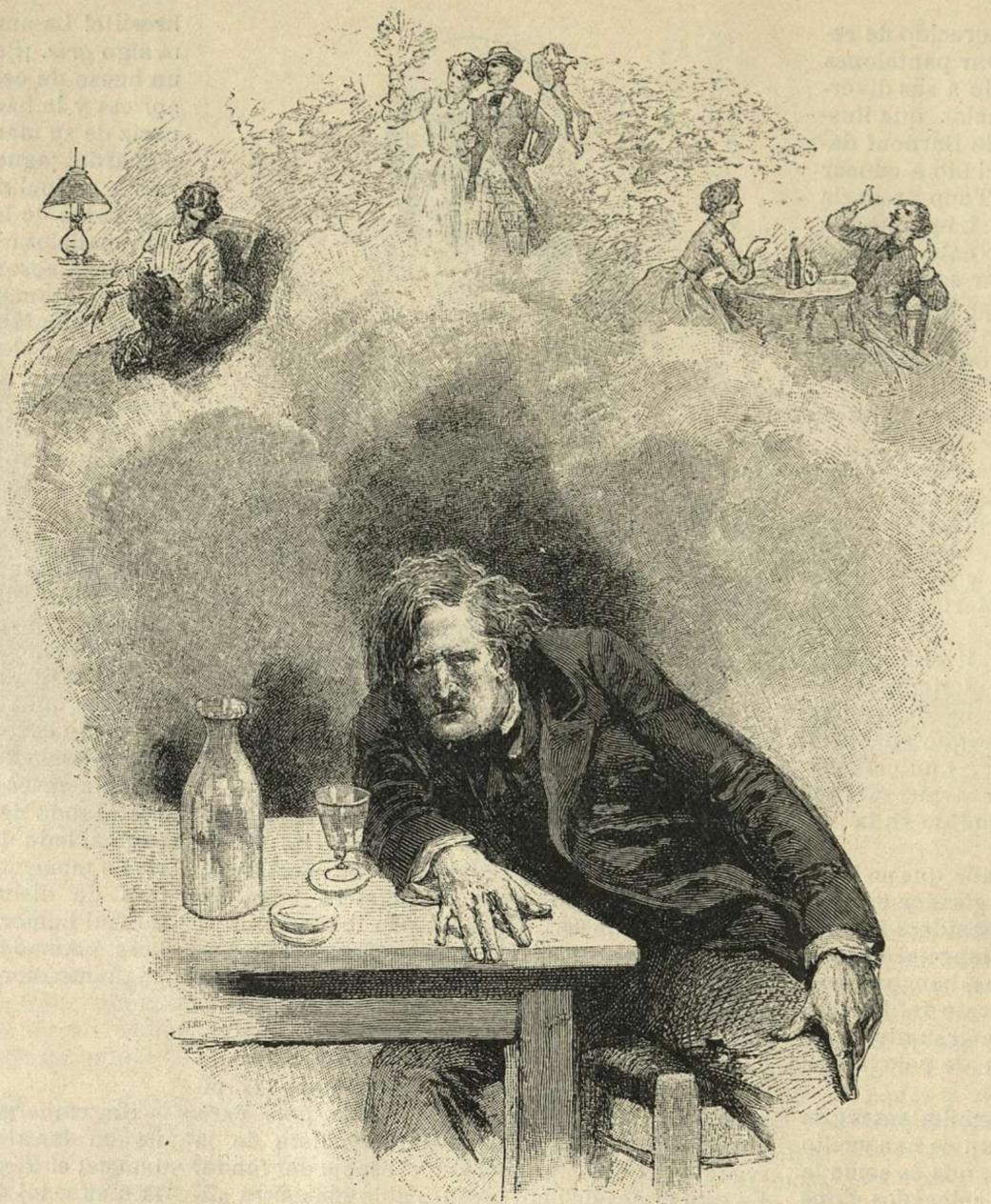
Mía: así te llamas.  
Qué más armonía?  
Mía: luz del día,  
Mía: rosas, llamas.

Qué aroma derramas  
En el alma mía  
Si sé que me amas,  
Oh Mía! oh Mía!

Tu sexo fundiste  
con mi sexo fuerte,  
fundiendo dos bronces.

Yo triste, tú triste. . . .  
¿No has de ser entonces  
Mía hasta la muerte?

RUBEN DARIO.



## TODA UNA JUVENTUD.

Por FRANCISCO COPEE

Ilustraciones grabadas en nuestros talleres, especialmente para esta edición.

Número 3.

Nada de jerarquías; un Evangelista tiene por vecino á un santito jesuita de beatitud de antea-yer, el bienaventurado Fourier hallábase al lado de la Virgen Maare, y el Salvador de los hombres se codeaba con San Labro. Todos estaban formados en hilera, como reclutas á la voz de mando, unos esculpidos en madera, otros pintarrajeados de colores chillones ó cubiertos de dorados cobrizos, con la barba levantada, la boca abierta, los ojos extáticos, relucientes de barniz y horriblemente feos: el obispo mitrado, el mártir llevando su palma, Santa Inés abrazada á su cordero, San Roque con su perro y sus conchas, el Precursor con calzones de piel de carnero, y el más ridículo era quizá el pobre Vicente de Paul, teniendo en brazos á tres niños desnudos, como se ven en las muestras de las comadronas.

Esta lamentable exhibición que participa del museo Tussand y de juego de perejila, consternaba positivamente á Amadeo que, habiendo hecho recientemente su primera comunión, ardía aún en fuego místico. Pero tanta fealdad ofendía su delicado estado de ánimo y sembraba en su inocente comprensión la primera duda.

Un día á las cinco, M. Violette y su hijo, al llegar al *Barato de las parroquias*, encontraron al tío Isidoro en el almacén de estatuas pintadas, vigilando el embalaje de un San Miguel. En aquel momento acababa de retirarse el último cliente, que era el obispo *in partibus* de Trebisonda, bendiciendo á M. Gaufre, el hombrecillo apoplético, con peluca negra de repartidor de agua bendita, que al quedarse solo con sus empleados, gritó dirigiéndose á un joven que se ocupaba en acostar al arcángel sobre los tableros: «Ten cuidado, animal, que vas á romper la cola al dragón!»

Luego, reparando en M. Violette y Amadeo, que acababan de entrar, repuso:

—¡Ah! Son ustedes! Buenas tardes! ¡Buenas tardes, Amadeo... Llegan ustedes poco á propósito. Es la hora de los envíos; estoy en el instante más crítico... ¡Eh, señor Cambier, oiga usted, oiga usted, si gusta! No se olvide de las tres docenas de *La Aparición de la Saleta* en estuco para Grenoble, con un 25 por 100 de porte, además de la factura... Y Amadeo ¿sigue estudiando mucho?... ¡Ah! dice usted que ha obtenido uno de los primeros premios, y que asistirá al banquete Carlomagno. ¡Vaya! Tanto mejor... Julio, ¿se han enviado los seis candeleros y el cenicero de ruedas al Camino de la Cruz, núm. 2, para las señoras del Sagrado Corazón de Alenzón?... ¡Cómo! ¿Todavía no, y hace tres días que se recibió el encargo?... ¡Despáchese usted, con mil diablos!... Ya lo ve usted, M. Violette, me desborde... Pero pasen ustedes á mi cuarto.

Y después de haber recomendado á su cajero, cautivo en su caja, la remisión al Tribunal de Comercio de los billetes que el cura de Sourdebal (Mancha) ha dejado protestar, el tío Isidoro introduce á M. Violette y á su hijo en su gabinete.

Había sido éste una pieza de tocador, y M. Gaufre, que vivía austeramente, tuvo á bien entristecerla con un cofre fuerte, algunos enserados y un mueble negro, forrado de crin que parecía haber sido sacado de una sacristía, todo lo cual se destacaba en aquella linda estancia, alta y redonda, con una gran ventana que daba al jardín, pintados los techos de nubes sonrosadas y ligeras y el friso adornado de guirnalda y lagos de amor que todavía conservaban el encanto ga-

lante de otro tiempo. A Amadeo le hubiera gustado todo aquello, si el tío Isidoro, sentado á la mesa de despacho, no hubiese hecho á M. Violette la siguiente pregunta enfadosa.

—A propósito, ¿ha obtenido el ascenso que contaba desde el año pasado?

—Desgraciadamente no, M. Gaufre... Ya conoce usted la lentitud de los procedimientos administrativos.

—Sí, verdaderamente son muy lentos; pero usted tampoco se volverá loco por trabajar... Mientras que en el comercio, ¡cuántos cuidados! ¡cuántos fracasos! Algunas veces envidio á usted que puede emplear una hora en cortar las plumas... ¡Vaya! ¿Qué me querrán?

En efecto, la cabeza de un dependiente con el lápiz detrás de la oreja aparece en la puerta entornada, diciendo:

«El señor superior de las Misiones extranjeras desea ver á usted.»

—Lo ve usted?—exclama M. Gaufre,—no tengo un minuto mío... Hasta la vista, mi querido Violette... Adios, pequeño... ¡Es maravilloso cómo se parece á la pobre Lucía... Espero á usted el domingo á almorzar... Berenice confecciona perfectamente el tímbol de queso; cosa exquisita!... Haced que pase el señor Superior.

Y M. Violette se va descontento de su humilde visita, é irritado contra el tío Isidoro, que ha estado cortés á medias: «Ese hombre es un completo egoísta,—piensa con tristeza,—esa mujer le tiene entre sus garras... Mi pobre Amadeo no obtendrá nada.»

Amadeo no se cuida de la herencia de su tío. Ahora es un alumno de cuarta, que sigue el curso del liceo Enrique IV, en unión de sus compañe-

ros del colegio Batifol. Por haber crecido de repente, tiene la contrariedad de llevar pantalones demasiado cortos. Ya ha renunciado á sus diversiones muy infantiles, los polichinelas que ilustran las páginas de su gramática de Burnouf datan del año anterior, y ha renunciado á educar gusanos de seda en un pupitre. Todo presagia que no será un hombre práctico. La geometría le disgusta y no retiene ni un solo cálculo. Los días de asueto los emplea en pasear solo por las calles más tranquilas; lee los poetas á la luz de los escaparates de las tiendas, y se retrasa en el Luxemburgo, siguiendo la dirección del sol poniente.

¡Serás un soñador sentimental, pobre Amadeo: tanto peor para tí!

En casa de los Gerard, donde va con frecuencia, es recibido con efusión: Luisa tiene diecisiete años. Delgada, sin frescura, el talle escurrido, decididamente no será bonita. Se empieza á decir de ella: «Tiene buenos ojos, y es excelente música.» Nada más. Su hermana María cuenta ya doce años y es un capullo.

Respecto á la niña del vecino, Rosinita Combarieu, ha desaparecido. Un día el tipógrafo se mudó de casa precipitadamente, sin despedirse de nadie y llevándose á su hija. Según cuenta la portera, hallábase comprometido en un complot político, y por eso ha dejado la casa casi subrepticamente. Se cree que está escondido en la Vilette.

Por eso el papá Gerard no extraña que no le haya dicho adiós. Y el obrero conspirador ha conservado todo su prestigio en la consideración del viejo artista, que por un sino especial trabaja siempre para un editor de estampas, bonapartista, y en este momento ejecuta un retrato del Príncipe Imperial con uniforme de cabo de granaderos de la guardia y una inmensa gorra de pelo sobre su infantil cabeza.

Envejece el papá Gerard. Su barbilla antes gris y los pocos cabellos que le quedan se han vuelto de un blanco plateado admirable, que es como la tardía recompensa de los rostros colorados y que sienta bien á las fisonomías sanguíneas. Envejece el pobre hombre lo mismo que su mujer cuyo abdomen se desarrolla de una manera inquietante, y que al sentarse, después de haber subido los cinco pisos, exclama sofocada: ¡Uf! El papá Gerard envejece como todo lo que le rodea, como la casa de enfrente, que ha visto constriuir y que ya no tiene su portada nueva, por lo que el especiero que perfuma la calle todas las mañanas al moler el café, ha hecho pintar de nuevo su tienda para contrarrestar el deterioro del edificio. Envejece como su mobiliario del Imperio, como sus piezas de loza que ha tenido que componer, como sus grabados que han tomado el color del tabaco y como la doradura de sus cuadros ha enrojecido. Sobre todo, el piano Erard, pobre viejo servidor, no produce ya más que sonidos cascajosos y temblantes de armonía cuando Luisa, á fuer de cumplida virtuosa, toca en él la tanda de valsos de Beethoven ó los *Romances sin palabras* de Mendelssohn.

Envejece el pobre artista y se inquieta por el porvenir, porque no ha sabido prosperar como su compañero de escuela, ese intrigante Damourrette, que le escamoteó en otro tiempo el premio de Roma y que ahora se da tono en el Instituto con su frac bordado y acapara todos los buenos encargos. Gerard, el tonto, desde muy joven se cargó de familia, y aunque se ha movido tanto como un manubrio, no ha conseguido nada por derecho. Cualquiera día puede sucumbir á un ataque apoplético y dejar sin recursos á su viuda y á sus dos hijas sin dote.

Algunas veces piensa en todo esto al limpiar su pipa, ¡y caramba! con no poca zozobra.

Si el papá Gerard se entristecía al envejecer, M. Violette se hallaba en un estado lamentable. Y sin embargo, ¿qué edad podría tener? Unos cuarenta años á lo más. Pero ¡qué decadencia! ¿Será que los años de disgusto se cuentan dobles? El viudo ya no es más que una ruina humana. El mechón de cabellos rebeldes, de un gris sucio, cae siempre sobre su ojo derecho, y ya no se toma el trabajo de colocárselo sobre la oreja. Sus manos tiemblan un poco y la memoria le abandona. Más taciturno y silencioso que nunca, parece no interesarse por nada, ni aún por la educación de su hijo. Vuelve tarde á su casa, masculla la comida y vuelve á salir en seguida para vagar con vacilante paso por las calles sombrías. En la oficina, en donde, sin embargo, cumple con



su cometido mecánicamente, es un hombre clasificado; no será jamás nombrado primer oficial. «Está embrutecido» dice refiriéndose á él su compañero de negociado, joven lleno de porvenir, protegido por el jefe, que tiene gracejo y una habilidad sin igual para imitar el ¡oh! ¡oh! del actor Grassot. Un hombre de su edad no declina tan pronto; esto no es natural. ¿Cuál es la causa que ha reducido á M. Violette á este grado de anonadamiento y de miseria?

¡Ay! preciso es confesarlo. Le ha faltado valor al desgraciado: ha buscado consuelo en su misma desesperación y lo ha encontrado en un vicio.

Todas las tardes, al salir de la oficina, M. Violette entra en un cafetúcho de la calle de Four, se sienta en una mesa retirada, y en voz baja, como avergonzado, pide su primera copa de ajeno. La primera, porque suele beber dos ó tres, y las bebe despacio, á pequeños sorbos, sintiéndose invadido con lentitud por la embriaguez cerebral del poderoso licor verde. ¡Que los dichosos le motejen, si les parece! El está allí, apoyados los codos en el mármol de la mesa, mirando sin ver á la señora del mostrador entre las pirámides de terrones de azúcar y de bols para ponche; la lustrosa y empolvada cabellera de la regente del café se refleja en el espejo del fondo. En esto el desdichado inconsolable encuentra alivio á su desgracia y como una vaga compensación de sus pasadas felicidades.

Porque, por un fenómeno que conocen bien los bebedores de ajeno, él dirige y gobierna su embriaguez y ésta le proporciona los sueños que desea.

—¡Mozo, un ajeno!

M. Violette vuelve á ser el marido de veinticinco años que adora á su Lucía y que es adorado por ella.

Está sentado en invierno al lado de la lumbre que se va apagando, y delante de él, á la claridad del crepúsculo vespertino, ve á su joven esposa recostada en el sofá y ocupada en alguna labor.

A cada instante se miran ambos con ojos sonrientes; él por debajo del libro que lee, ella por encima de su costura; y el enamorado no se cansa de admirar los ágiles y delicados dedos de Lucía. ¡Ah! ¡Es tan linda! De repente él cae á sus piés, hincándose de rodillas, sobre la alfombra, la rodea el talle con el brazo y la da un prolongado beso; después, rendido de emoción, reclina su frente sobre las rodillas de su bien amada esposa, y la oye con delicia decir á media voz: «¿Que le pasa á usted, caballero?» Y al mismo tiempo siente que una mano suave le acaricia la cabeza.

—¡Mozo, otra copa de ajeno!

Se hallan ambos en la hermosa pradera, cerca del bosque de Verrières, henchida de flores, en una hermosa tarde de Junio, cuando el sol poniente ya no da tanto calor. Ella ha hecho un magnífico ramillete de flores campestres, y se detiene á cada instante para coger alguna. El la sigue, llevando la manteleta y la sombrilla. ¡Qué hermoso es el verano y qué bueno el amor! Se sienten algo cansados, porque durante aquel luminoso domingo han vagado por el campo. Es hora de comer y justamente se hallan cerca de una fonda rodeada de tilos, con columpios y juegos de Siam, una fonda cuyos blancos manteles alegra los bosquecillos. Se sientan á una mesa y piden la comida á un mozo bigotudo, y mientras esperan el servicio, Lucía, sacrosoda á causa de la travesía al aire libre y taciturna por el hambre, se entretiene en mirar en el asiento de las sillas las batallas de Africa. ¡Qué comida tan deliciosa! Hay tortillas de setas, setas con riñones salteados, setas con vino de madera. ¡Tanto mejor! A ellos les gustan mucho. ¡Y el vino sa-

brosillo! La amada niña, al fin de la comida está algo gris. ¡Palabra de honor! Así es que coge un hueso de cereza entre el pulgar y el índice, aprieta y le hace saltar ¡pum! precisamente á la nariz de su marido. Y se ríe la picaruela. Pero ¡aguarda! ¡aguarda! que él va a vengarse: se levanta, se inclina por encima de la mesa, le mete dos dedos de la mano entre el cuello del vestido, y la maliciosa, encogiéndose cuanto puede, porque tiene cosquillas, le suplica que la deje, riendo nerviosamente.

Pero aún falta lo mejor: la vuelta á campo traviesa, de noche, aspirando el olor agradable del heno segado, y luego por el camino, vagamente plateado por cielo estival, en donde centellea todo el zodiaco de Santiago y rueda su espuma diamantina como un torrente silencioso. Dichosa y cansada se apoya en el brazo de su marido. Cuánto la ama éste, Dios mío, cuánto la ama! Le parece que tal amor por su Lucía es tan inmenso y profundo como la noche. El camino está solitario. ¡Un beso! Y sus besos son tan dulces, tan puros, tan sinceros, que deben regocijar á las estrellas.

—¡Mozo, otra copa de ajeno!

Y el desgraciado olvida aún, durante algunos minutos, que tendrá que volver á su casa, en donde ya no estará su querida Lucía; su casa, en la que la asistenta habrá puesto el cubierto sobre el tapiz enserado y en donde su hijo le aguarda bostezando de hambre y leyendo un libro colocado al lado del plato. Pretende olvidar este horrible momento de regreso á su triste hogar; tratará de disimular su embriaguez supretexto de mal humor, y se sentará á la mesa sin dar un beso á Amadeo para que el niño no sienta el repugnante olor alcohólico de su aliento.

## V

Sin embargo, el buen hombre viejo representado en las alegorías con grandes alas y barba blanca, el *Tiempo*, había dado muchas veces vuelta á su reloj de arena; ó para hablar más sencillamente, el cartero, con gabán azul salpicado de copos de nieve de San Silvestre, habíase presentado tres ó cuatro veces en el domicilio de sus clientes para ofrecerles, mediante una propina, un calendario que contenía informes esenciales, tales como el cómputo eclesiástico y la diferencia del año gregoriano con la hégira árabe; y Amadeo Violette se había hecho poco á poco un joven.

Un joven, es decir, un ser que poseía un tesoro cuyo precio no conocía; poco más ó menos como un negro del centro de Africa que hubiera encontrado los talones de banco de M. de Rothschild; un joven como lo hemos sido todos, ignorante de su atractivo y de su gracia, que se impacienta porque su barba rala no se transforma en espantosas cerdas de jabalí; un joven que se levanta todas las mañanas henchido de esperanzas, preguntándose cándidamente lo bueno que puede sucederle durante el día y que sueña en vez de vivir, porque es tímido y pobre.

Por entonces fue cuando Amadeo, que ya no iba al colegio Batifol y acababa como externo su curso de filosofía en el liceo de Enrique IV, conoció á uno de sus compañeros, llamado Mauricio Roger, y contrajo con él muy tierna amistad, una de esas amistades de los diez y ocho años, que son tal vez lo más dulce y sólido que hay en el mundo.

Amadeo simpatizó con Mauricio á primera vista, por causa de su bonita cabeza rubia y rizada, de su aire de superioridad y de franqueza y de sus elegantes trajes que llevaba con desenvoltura de gentleman. Dos veces cada día al salir del colegio, ambos jóvenes atravesaban el jardín del Luxemburgo, contándose sus sueños y esperanzas, deteniéndose en las calles de árboles, en donde Mauricio miraba descaradamente á las grisetitas, charlando con el abandono de aquella edad, en la que se piensa alto.

En seguida se tutearon ambos.

Mauricio contó á su amigo que era hijo único de un oficial muerto en Sebastopol, que su madre no había vuelto á casarse, que ella le adoraba y le daba todos los gustos, que él esperaba con impaciencia la conclusión de sus estudios para vivir libremente en el barrio latino y acabar la carrera de derecho sin apresurarse, puesto que su madre lo exigía y él no quería disgustarla; pero que esto no obstaba para ocuparse también de pintura, á lo menos como aficionado, porque



tenía pasión por las artes. El hermoso y aristocrático joven hablaba de todo esto con una alegre sonrisa, que dilataba su nariz y sus labios sensuales, y Amadeo admiraba, sin el menor asomo de envidia, con el generoso estímulo de la juventud, aquella expansión de vida y confianza en el porvenir.

El á su vez se confió á Mauricio, aunque no por completo, porque no podía decir á nadie que sospechaba el vicio secreto de su padre y que él se avergozaba y sufría todo cuanto puede sufrir la juventud. Por lo menos, como honrado corazón que era, confesó sin vergüenza su modesto origen, elogió á sus humildes amigos los Gerard, habló con entusiasmo de su gran amiga Luisa y de María, que acababa de cumplir diez y seis años y se había hecho linda, muy linda.

—¿Me llevarás á su casa, verdad?—dijo Mauricio, qué le había escuchado con su natural bondad.—Pero antes es preciso que vengas á comer conmigo uno de estos días y que te presente á mi madre, por ejemplo, el domingo próximo. ¿Qué damos en ello?

Amadeo hubiera querido rehusar porque sintió el continuo suplicio de los jóvenes pobres al recordar que su levita dominguera estaba casi tan pelada como la de los demás días, que su par de botitas núm. I tenían torcidos los tacones, y que el cuello y puños de la mejor de sus seis camisas estaban deshinchados á fuerzade lavaduras. Y luego... ¡Comer de convidado! ¡Qué contrariedad! ¿Qué hacer para presentarse convenientemente en un salón? Sentía de antemano frío en las espaldas. Pero Mauricio le invitaba tan cordialmente y era tan irresistible, que Amadeo aceptó.

El domingo siguiente, vestido con todo lo mejor que tenía, se encaminó á las siete menos cuarto á casa de su amigo, preocupado y mirándose las manos. ¿Qué idea le había dado de comprar aquellos guantes de piel de perro, color de sangre de vaca? Ahora reparaba en que eran demasiado nuevos y chillones en comparación del resto del traje.

Amadeo subió al piso principal de una hermosa casa del arrebato de San Honorato, y llamó suavemente á la puerta de la izquierda.

Salió á abrirle una joven y linda doncella, una de esas morenitas de talle que se abarca con las manos y que tienen un conato de bigotito. Introdujo al joven en una sala adornada con lujo sencillo y sólido, en donde Mauricio, que estaba solo; calentándose de espaldas á la chimenea, con aspecto de amo de casa, recibió á su amigo con viva satisfacción.

Las miradas de Amadeo fijáronse desde luego en el retrato de un guapo coronel de artillería, con el holgado uniforme de 1845 y el cinturón cerrado por dos cabezas de león. Este jefe, en actitud de parada, estaba representado en medio del desierto, sentado bajo una palmera.

—Es mi padre,—dijo Mauricio.—¿Verdad qué yo me parezco mucho á él?

El parecido, en efecto, era notable: la misma sonrisa calurosa y alegre, los mismos cabellos rubios, casi todas las facciones de su rostro eran las mismas que las que ostentaba el retrato de su padre. Amadeo se volvió, oyendo detrás de él una voz de mujer que repitió como un eco:

—¿No es verdad que Mauricio se le parece?

Era Mme. Roger, que acababa de entrar silenciosamente. En presencia de aquella hermosa señora, vestida de negro, de perfil romano y de tez mate, que miraba á su hijo y al retrato con profunda emoción, Amadeo comprendió que Mauricio debía ser el ídolo de su madre, é impresionado por el aspecto de aquella viuda, que hubiera sido todavía hermosa, á no haber tenido el cabello gris y los párpados quemados por las lágrimas, balbució algunas frases dando gracias por su invitación.

—Mi hijo,—dijo ella,—me ha hablado de usted como del más querido de sus compañeros... Y también del afecto que á usted merece, y yo soy la que debo dar gracias á usted.

Sentáronse y hablaron. Mme. Roger pronunciaba á cada instante las frases de «mi hijo,» «mi querido Mauricio,» con expresión de orgullo y apasionada ternura.

Amadeo adivinó cuán dulce debió haber sido la vida de su amigo al lado de tan buena madre, y no pudo menos de compararla á su triste infancia; recordando sobre todo las lúgubres comidas, durante las que inclinaba la cabeza sobre el plato para no ver los ojos de su padre fijos en él y anegados de embriaguez, que parecían pedirle perdón.

Mauricio dejó á su madre que hiciera su elogio, mirándola con su atractiva sonrisa que se enternecía un poco, y concluyó por interrumpirla:

—Convenido, mamá... soy un fénix.

Y se levantó para darla un beso.

En este instante la linda doncellita anunció: «El señor y las señoritas de Lantz.» Mme. Roger se levantó apresuradamente para recibir á los recién llegados.

El teniente coronel de ingenieros Lantz, que había recibido el último suspiro del coronel Roger en la trinchera, delante del Malecón Verde, quizá fuera en otro tiempo una buena figura con su uniforme guarnecido de terciopelo negro; pero habiendo pasado largo tiempo en las oficinas de guerra, envejeció allí, delante de los planos y mapas, encorvado sobre las mesas llenas de escuadras, reglas y compases; y no tenía nada de marcial, con su cráneo de pájaro viejo desplumado, la barbita gris y melancólica y su huesuda delgadez que se diseñaba debajo de la levita abotonada militarmente. Feliz con sus recuerdos, viudo, sin fortuna, con tres hijas casaderas, el pobre coronel, que sólo se ponía dos ó tres veces al año, en las solemnidades oficiales, su uniforme conser-

vado á fuerza de alcanfor, comía todos los domingos en casa de la señora de Roger, quien apreciaba á este hombre estimable, que fué el mejor compañero de su marido. Aquel día había invitado también á las tres hijas del coronel, jóvenes demasiado frescas, de narices remangadas y de ojitos negros como moras, siempre cuidadosamente peinadas y vestidas, y á las cuales, por la redondez de sus formas se las comparaba involuntariamente á tres pastelitos rellenos, de esos que se preparan para bodas y festines.

Sentáronse á la mesa. La señora Roger tenía una excelente cocinera, y Amadeo, por primera vez en su vida, comió una porción de cosas buenas, aún más exquisitas que las compotas de la mamá Gerard. Sin embargo, sólo era una comida delicada y confortable, pero el joven encontró en ella la revelación de goces no sospechados. Aquella mesa con flores, aquel mantel tan suave al tacto, aquellos entremeses que excitaban el apetito, los vinos de sabor variado, que olían bien como las rosas, produjéronle sensaciones agradables y nuevas. La linda doncellita servía la mesa con prontitud y silencio. Mauricio, sentado frente á su madre, presidía la comida con juvenil alegría y exquisita elegancia. A cada una de sus bromas de buen gusto resplandecía el pálido semblante de Mme. Roger, y las tres señoritas prorrumpían á un mismo tiempo en una risita discreta: hasta el triste coronel salía de su estupor; tanto, que concluyó por animarse al segundo vaso de Borgoña y se volvió interesante al recordar la campaña de Crimea, esa guerra caballerescas en la que los oficiales de los dos ejércitos enemigos cambiaban cumplimientos y cigarrillos durante la suspensión de hostilidades. Contó interesantes anécdotas militares. La señora Roger, observando la ardiente expresión de su hijo, inflamado de entusiasmo al oír aquellos heroicos relatos, se puso triste repentinamente. Mauricio fué el primero que lo notó.

—Tenga usted cuidado, coronel,—dijo.—Va usted á asustar á mamá que va á suponer que aún tengo deseos de entrar en Saint-Cyr... Vamos, mamita, no tengas cuidado. Puesto que así lo quieres, tu hijo, respetuoso y sumiso se hará un abogado sin pleitos, que pintará mamarachos en sus ratos de ocio.

En el fondo, le hubiera tal vez gustado más un caballo y un sable en un escuadrón de húsares... ¡Pero no importa!... Lo esencial era no disgustar á su mamá.

Y esto lo decía con tanto calor y gentileza, que la señora Roger y el coronel cambiaron una mirada de enternecimiento. Las señoritas de Lantz, conmovidas también, tanto como unas pastas podían conmovirse, fijaron en Mauricio las miradas, que se habían vuelto tan tiernas, tan dulces, que Amadeo no dudó de que las tres abrigaban los mismos sentimientos hacia su amigo, di-

choso en no tener más que escoger en aquella linda trinidad femenina.

¡Cómo amaban á aquel gracioso y encantador Mauricio y cómo sabía él hacerse amar!

Y luego, en el momento del champaña, cuando se levantó con la copa en la mano y pronunció un brindis burlesco, hallando una palabra amable para cada uno de los convidados, ¡qué franca alegría, qué risa tan espontánea en torno de la mesa!

Las tres jóvenes señoritas reían hasta ponerse ojos como amapolas; una especie de castañeteo producido por el regocijo escapábase por entre el bigote caído del coronel; la señora Roger parecía rejuvenecida á fuerza de sonreír, y ¡Dios me perdone!, Amadeo notó que la gentil doncellita, en un rincón del comedor, enseñaba también sus dientes diminutos y blancos como los de un perrito.

Después del te, el coronel, que vivía muy leños, junto á la escuela militar, y que vió que el tiempo estaba seco, quiso volver á pié á su casa para ahorrarse el gasto de coche, se despidió con sus tres pastelillos casaderos, y poco después hizo lo propio Amadeo. Mauricio quiso acompañarle, y cuando en el recibimiento la linda criada le ayudaba á ponerse el paletó, le dijo de pronto:

—Espero, M. Mauricio, que hoy no volverá usted muy tarde.

—¿Qué dice usted, Susana?—replicó el joven sin incomodarse, mas con alguna impaciencia—Volveré á la hora que me parezca.

Y al bajar la escalera con Amadeo, repuso riéndose:

—¡Palabra de honor! El mejor día me pone públicamente en ridículo con sus celos.

—¿Cómo?—preguntó Amadeo procurando ocultar su rubor.

—¡No te extrañe!... Es muy bonita, y yo, lo confieso, Violette, no tengo como tú la candidez de la flor cuyo nombre llevas... Preciso es que te resignes á tener por amigo á un calavera... Por lo demás, no tengo cuidado, estoy resuelto á no seguir escandalizando el hogar materno. Ya he roto con esa descarada, que fué la primera en romper el fuego y en besarme detrás de un biombo... Ahora estoy ocupado en otra parte... Y puesto que hay ahí un coche... ¡Eh, cochero!... Vas á permitir que te deje... No son más que las diez y cuarto... Tengo tiempo de dar una vuelta por Bullier, en donde estará Zoé Mirilitón... Hasta mañana, Violette.

Amadeo entró en su casa muy preocupado. ¡De modo que su amigo era un libertino! Pero él le excusó. ¿No acababa de verle tan cariñoso con su madre y tan respetuoso con las tres señoritas?... Se dejaba llevar por el fuego de la juventud: hé aquí todo; y no era él, Amadeo, que aunque todavía puro, se sentía atormentado por las tentaciones y curiosidades de su edad, quien debía juzgarle. ¿No hubiera él hecho otro tanto á haberse atrevido y á haber tenido algunas monedas en el bolsillo? Seamos francos: Amadeo aquella noche soñó con la linda doncellita sobre cuyo labio apuntaba gracioso bigote.

Al día siguiente, cuando Amadeo hizo su acostumbrada visita á los Gerard, no se habló más que del convite de los señores de Roger, descrito por aquél con la elocuencia del que ha comido delicadamente por primera vez. Luisa, á tiempo de ponerse el sombrero y arrollar sus papeles de música para ir á dar lecciones, se interesó por la viudez é imponente belleza de Mme. Roger; la señora Gerard hubiera deseado saber cómo se confeccionaba el fiambre de volatería; el viejo grabador, siempre trabajando, escuchó con gusto las anécdotas militares del coronel, repetidas por Amadeo, y por último, la pequeña María exigió una descripción exacta del traje de las tres señoritas de Lantz y después hizo una mueca desdeñosa.

—Veamos, Amadeo,—dijo bruscamente la joven mirándose al espejo del obrador manchado por las moscas, respóndeme con franqueza... Esas señoritas ¿valen más que yo?

—¡Háse visto la coqueta!—exclamó riéndose el papá Gerard, sin levantar la cabeza de su plancha.—Esas preguntas no se hacen, señorita.

Hubo una hilaridad general, pero Amadeo se ruborizó sin saber por qué. ¡Oh, no! Seguramente las tres señoritas de Lantz con sus faldas de merino saboyano y sus pañoletas de moaré no estaban tan lindas como María sencillamente vestida de cretona obscura ¡Qué desarrollo, y cómo se



hermoseaba de día en día! Parecía á Amadeo que entonces la veía por la primera vez. ¿De dónde había sacado aquel talle flexible y redondo, aquella masa de cabellos finísimos que unía en una sola trenza encima de la cabeza, aquella tez de aurora, aquella boca sonriente y aquellos ojos que tenían la tierna suavidad de las florecillas?

La mamá Gerard, que risueña, como los demás, había regañado un poco á su hija por su vanidad femenina, volvió á hablar de Mauricio para mudar de conversación.

Amadeo no escaseó los elogios de su amigo. Contó que éste por ternura hacia su madre dominaba los fogosos impetus y resistía las ebulliciones de sangre militar que corría por sus venas. Además era la gracia misma. A los diez y ocho años hacía los honores de su casa y de su mesa con el desparpajo de un gran señor.

María escuchaba atentamente.

—Has prometido presentárnosle, Amadeo,—dijo la niña mimada con un acento serrecillo.—Me gustaría conocerle.

Amadeo renovó su promesa; pero al ir al Liceo por la tarde, recordó el incidente de la doncella de la señora Roger y el nombre de Zoé Mirilitón pronunciado por Mauricio, y sintió escrúpulos, preguntándose si debía relacionar á su amigo con las jóvenes Gerard. Esta idea le inquietó y le entristeció en un principio, pero luego encontróla ridícula. ¿No era Mauricio un joven de corazón y muy bien educado? ¿No le había visto producirse con tanta reserva y tacto con las hijas del coronel Lantz?

Algunos días después, á petición de aquél, Amadeo lo llevó á casa de sus antiguos amigos los Gerard.

Luisa no estaba en casa, pues desde hacía tiempo procuraba por medio de sus lecciones de música allegar recursos para la familia, que cada vez eran más urgentes, á consecuencia de que el grabador, cada día más congestionado y más corto de vista, no podía trabajar tanto como anteriormente.



El gracioso joven se captó en seguida las simpatías de la familia por su elegante bondad y por sus modales cordiales y sencillos. Respetuoso y amable con la mamá Gerard, á quien intimidaba un poco, apenas fijó la atención en María y no pareció notar que excitaba en sumo grado la curiosidad de la joven. Pidió madestamente consejos al papá Gerard acerca de sus proyectos de ocuparse en la pintura y se entretuvo con las baratijas que adornaban la habitación y supo distinguir por instinto los mejores cuadros y grabados; así fué que el hombre quedó encantado de Mauricio, y afanándose por enseñarle su museo íntimo, se olvidó de fumar su pipa, que entonces representaba á Garibaldi. Le regaló una copia de su última plancha que (por una fatalidad que decididamente pesaba sobre el viejo republicano) era un retrato del Emperador Napoleón III en Magena, impassible en su caballo, en el centro de una compañía de granaderos acribillados por la metralla.

La visita de Mauricio fué corta; y como Amadeo, que desde hacía algunos días pensaba con frecuencia en María, preguntase á su amigo, al acompañarle cuando regresó:

—¿Qué te parece?

Mauricio contestó sencillamente.

—¡Deliciosa!—Y cambió de conversación.

## VI

Se acerca un momento solemne para ambos amigos: van á hacerse bachilleres en letras.

Los días en que M. Violette (en el ministerio le llaman el viejo Violette) se ha consolado demasiado en el café de la calle de Four y no está por consiguiente tan retraído y silencioso como de costumbre, después de la sopa suele decir á su hijo:

—Mira, Amadeo, no estaré tranquilo hasta que te recibas de bachiller... Con razón se dice que eso abre camino para todo.

En efecto, para todo. Hay un compañero de colegio de Amadeo que fué recibido con una granizada de bolas blancas, y que después de haber sido sucesivamente pasante de clase, periodista, actor, pensionista de Mazas, corredor de quintas, director de una compañía de atletas y comentarista de Homero, ahora se dedica á abrir portezuelas de los coches, junto al teatro del Ambigú, y espera la sopa á la puerta de los cuarteles con una vieja escudilla de cobre.

¡Pierda cuidado M. Violette! Su hijo hace sus ejercicios el mismo día que su amigo Mauricio, siendo ambos aprobados. En el examen, un viejo examinador con cabeza de mono ha apretado las clavijas á Amadeo, pero el examinador ha salido airoso. Ahora puede pretenderlo todo, absolutamente todo.

¿Y qué es todo, bien pensado?

M. Violette reflexionaba, antes de entrar en el café de la calle de Four. ¿A qué puede aspirar Amadeo? A poca cosa.

No hay duda en que no le será difícil entrar en el ministerio, como auxiliar, con ciento veinticinco francos y la gratificación. ¡Ah! No será del todo malo como principio; pero M. Violette recuerda sus sempiternos años de oficina y todo el trabajo que se ha tomado para adivinar esa famosa charada, célebre en su negociado, que representaba un conejito satisfaciendo una necesidad imperiosa, y además una baraja para el juego de los cientos y una E mayúscula, lo cual significaba: *La Providencia lo ha hecho todo*.

Pues qué, ¿Amadeo va á pasar su juventud descifrando charadas? M. Violette desea para su hijo, si es posible, una carrera más independiente, en la que pueda demostrar su iniciativa; por ejemplo, el comercio. Sí, el comercio ofrece un gran porvenir, como lo prueba el de la tienda de ultramarinos de enfrente; un tonto que ha preferido ahorcarse en su trastienda antes que quebrar. M. Violette tenía con gusto á su hijo dedicado al comercio. ¡Si entrara en casa de Monsieur Gaufre! ¿Y por qué no? El joven podría en lo sucesivo llegar á ser socio de su tío y hacer fortuna.

El antiguo empleado dijo á Amadeo.

—Debíamos ir á casa de tu tío el domingo por la mañana.

(Continuará.)

*Páginas de la Moda.*



FIG. 1.—TRAJE ELEGANTE.

## LOS GUANTES.

Entre el crítico Mr. Francisco Sarcey y el excelente autor Mr. Le Bargy, se ha entablado una polémica acerca del uso de los guantes.

El crítico encuentra exagerado que el actor que desempeña el papel de Duque de Septmonts, en *l'Etrangers*, de Dumas hijo, se presenta en escena con guantes, aunque sea para entrar en el cuarto de su mujer, y el actor se defiende alegando que, por la índole de la obra y del carácter del personaje, éste está siempre como de visita en las habitaciones de su esposa, y por esta razón debe estar con guantes, aunque se los quite durante el curso de la conversación.

Como bajo esta cuestión, banal en apariencia, se oculta algo que puede ser interesante para un ramo importante del comercio y de la industria, no estará demás dedicarla alguna atención.

Conocido es el antiguo dicho que afirma que para hacer un par de guantes perfectos se necesitan tres naciones: España, para preparar las pieles; Francia, para cortarlas é Inglaterra para coserlas.

Las pieles de España, son en efecto, las preferidas por los fabricantes de guantes, y se da el caso de que los que vienen del extranjero y cuestan tan caros, por la subida de los cambios, están hechos con pieles que proceden de dicho país.

Madrid, Valladolid, Sevilla y Barcelona trabajan en la fabricación de guantes, y en la capital de España ha habido comerciantes, como Clement, Dubois, Jourdan, Denti y otros, que han realizado buenas ganancias consagrándose á este ramo.

Porque el guante es indispensable en la indumentaria moderna, y aunque no se llegue á las exageraciones de D'Orsay, que sostenía que no puede ser considerado elegante el caballero que no usa seis pares de guantes distintos cada día, hay que reconocer á lo que nuestros antepasados llamaban las qui-



FIG. 2.—SOMBRERO FIELTRO ULTIMA NOVEDAD.



FIG. 3.—CAPA ULTIMA NOVEDAD.

rotecas, la importancia que verdaderamente tienen.

Desde antiguo el guante es prenda del caballero; arrear el guante era señal de reto; recogerle, de aceptación, y desempeñaban un gran papel en los desafíos caballerescos.

La historia del guante se remonta hasta los tiempos de Xenofonte; en las vitrinas del palacio del Marqués de Cerralbo hay curiosos ejemplares de los que se usaban en la Edad Media. Carlos V, en el admirable retrato por Ticiano, empuña los guantes con la mano izquierda y así lo describe el Duque de Rivas en el precioso romance en que nos le presenta en la anchurosa escalera del Alcázar de Toledo.

El Conde Duque de Olivares, en las suntuosas fiestas de los jardines y del Palacio del Buen Retiro, regalaba á las damas guantes perfumados que valían un dineral, y los guantes con bordados y delicados aromas estuvieron muy en boga durante todo el tiempo de los Austrias.

Cuando se hizo el inventario de los bienes y ropas embargados al Marqués de la Ensenada, que fué el hombre más fastuoso de su tiempo, se encontraron en su cómoda 543 pares de guantes.

El guante de seda encarnado forma parte de la vestimenta del Cardenal; el morado de la del Obispo. A los doctores que se graduaban en Salamanca y en Alcalá, al imponerles la muceta y el birrete se les daba un par de guantes blancos, como símbolo de pureza, y guantes blancos gastan por prescripciones de la Ordenanza que regula su uso, desde el Oficial de Ejército al Capitán General.

Los guantes llegan á constituir un martirio para el palurdo que quiere echárselas, como se dice ahora, de señorito, y Don Frutos Calamocha, el de *El pelo de la dehesa*, del incomparable Bretón, los consideraba como un tormento; lo mismo que los quintos cuando les dan el primer par que han de

gastar en su vida, al entregarles el uniforme.

En tiempos del primer Imperio, una de las prendas más importantes de los trajes de las señoras eran los guantes largos, que después han vuelto á usarse, aunque no con tantos bordados, calados y encajes como en aquella época.

\* \*

El uso de los guantes no ha decaído nunca entre las señoras: la Emperatriz Eugenia usaba cuatro pares de guantes al día, y como tenía una mano pequeñísima y los dejaba intachables, los de color blanco los distribuían entre las niñas de las escuelas municipales que iban á hacer su primera comunión.

Entre los regalos de boda que hizo el Príncipe de Gales á su esposa, figuraban doce docenas de pares de guantes, que valía cada una cuatrocientos francos.

La Duquesa de Denia usa tantos guantes como la Emperatriz Eugenia, y no se los quita, como otras muchas damas, ni en las comidas.

El uso de los guantes en los hombres se había descuidado en España mucho en los últimos tiempos, especialmente desde la restauración, en que el malogrado rey D. Alfonso, siguiendo la moda del Duque de Morny, en tiempo del segundo imperio, dejó de usar guantes por la noche, cuando se vestía de frac.

Los guantes sufrieron entonces un rudo golpe, aunque Albareda, el Conde de Xiquena, el Marqués de Guadalete, el Duque de Tamames y algunos pocos más permanecieron fieles á la costumbre de usarlos de color perla con pespuntos negros, y la mayoría de los señores iban al teatro y hasta á los bailes sin guantes.

Hoy los guantes vuelven á ser de rigor, con regocijo de los guanteros, y no está bien ir sin ellos ni aún á la comida.

Julián Romea y Manuel Catalina fueron, entre los actores españoles que ya



FIG. 4.—FICHU FANTASIA.

han muerto, los que con más elegancia se ponían y se quitaban los guantes en escena.

Entre los oradores parlamentarios, el único que habla con los guantes puestos es D. Rafael Labra.

Uno de los hombres políticos que más guantes usaron fué D. Manuel Becerra.

En España ha adquirido gran importancia en estos últimos tiempos, el curtido y la preparación de pieles para guantes, y en su fabricación se emplean muchas manos femeninas, que ganan un modesto jornal para atender á su subsistencia, siendo, per lo tanto, el uso de los guantes una gran importancia como cuestión social, y como ramo del comercio y de la industria!

**ALBONDIGON DE PAPEL.**

Se pica y se cuece la carne de puerco; luego se pica también jitomate, ajo y chilchotes, para freirlos en manteca y echarle alcaparras, pasas, almendras, acitrón y perejil deshojado, se baten unos huevos, conforme la cantidad de la carne, se le agrega aceitunas, tornachiles, vinagre y jamón en pedacitos; esto se vuelve á poner al fuego con los huevos batidos: se untan unos pliegos de papel con manteca, y todo revuelto, se hace con este picadillo como metlapiles en el papel y se atan con pita, y así se pondrán á asar y se servirán en chilchote de jitomate; pero al picadillo se le habrá echado azafrán, clavo y canela molida al tiempo de echarle el huevo batido.

**NUESTROS GRABADOS.**

FIG. 1.—TRAJE ELEGANTE.

Es de una encantadora fantasía. Está hecho de piel de seda en dos faldas. Sobre y bajo falda ornada de piel. Gran drapeado de blonda formando delantal y cubriendo la blusa abierta á derecha é izquierda sobre una camisola de muselina plissé.

FIG. 3.—CAPA ULTIMA NOVEDAD.

Con capuchón redondo. Toda con aplicación de piel. Orla de puntos de seda. Capelina figurada.

FIG. 4.—FICHU FANTASIA.

Es de crespón carrujado con mucha finura y formando alto cuello Médicis.



FIG. 5.—TRAJE DE CALLE.

FIG. 5.—TRAJE DE CALLE.

Es un traje de gran lujo. Falda de cheviotte lisa adornada de grandes cordones de seda. Blusa de astrakán, con pechera y cuello de piel.

FIG 6.—TRAJE ELEGANTE DE CASA.

De sarga de seda á rayas, acuchillada, abierta así como la blusa sobre un doublé de seda negra.

La blusa se cierra con una gran presilla adornada de un botón fantasía.

FIG. 7.—TRAJE PARA NIÑA DE 12 A 14 AÑOS.

Es de paño asargado gris claro y se compone de una falda sencilla y de una blusa abierta sobre una camisola de batista y ornada con dos grandes presillas de seda rematadas por broches. Jockeys plissé de satín. Mangas de globo. Adorno de cinta de seda en la falda.

Nada refleja el carácter de un hombre, como su comportamiento con los tontos.—Amiel.

El orgullo de la ignorancia se parece al cardo silvestre; brota en todas partes y no sirve ni para deleite momentáneo.—Anónimo.

La ociosidad, como el moho, corroe más pronto de lo que desgasta el trabajo.—Franklin.

**Otro pago de \$2,000 00 de "LA MUTUA"**

EN MONTERREY.

Diciembre 24 de 1898.—Señores Christy & Abell, Agentes Generales de "La Mutua" de Nueva York.—Presentes.—Muy Señores míos:

Cumple á mi gratitud dirigir á ustedes la presente para participarlo al Sr. D. Donato de Chapeauroug, Director General de "La Mutua" de Nueva York en esta República, que por la intervención de ustedes como Agentes Generales de esta Compañía, y ante el Notario Público D. Francisco L. Pérez me han pagado la suma de [\$2 000 00.] dos mil pesos importe de la póliza número 355.044 en la que estuvo asegurado mi finado esposo James M. Cupp, cuyo fallecimiento hoy deploro profundamente.

Con gratitud para ustedes y principalmente para el Sr. Chapeauroug como Director General, autorizo á ustedes para hacer de esta carta el uso que crean conveniente á los intereses de la Compañía que representan, suscribiéndome con este motivo respetuosa y adictamente aífma y atta S. S. Marta A. Cupp.



FIG. 6.—TRAJE ELEGANTE DE CALLE.



FIG. 7.—TRAJE PARA NIÑA DE 12 A 14 AÑOS.

Las enfermedades  
DE LA  
**CINTURA**  
SECURAN  
SIN OPERACION  
POR EL  
Dr. Luis Clément

Especialista para las enfermedades de las señoras, afecciones de la **MATRIZ de las MAMAS** Violenta y radical curación de enfermedades secretas, en todos sus grados.

Calle de Sta. Clara 19.

# La Caja de Ahorros.

CON INVERSIONES GARANTIZADAS

S. A.

CAPITAL SOCIAL: \$100,000

Presidente: Serapión Fernández.

Gerente: Dionisio Montes de Oca

El ahorro es la fortuna del pobre,  
y la salvaguardia del rico.

"LA CAJA DE AHORROS CON INVERSIONES GARANTIZADAS" expide Pólizas de cien, de quinientos y de mil pesos, cobrando mensualmente treinta centavos por las de \$100, un peso por las de \$500 y dos pesos por las de \$1 000

Con tan pequeñas exhibiciones esta benéfica Compañía, favorece por medio de sus Pólizas el ahorro, con múltiples utilidades en todas las clases sociales. lo que proporciona asegurar una fuerte suma de dinero, para recibir la de "LA CAJA DE AHORROS" á determinado periodo de tiempo, ó antes, según sus estipulaciones.

"LA CAJA DE AHORROS" protege al pobre presentándole la mejor manera de ahorrar, y ofrece al rico un negocio lucrativo y ventajoso, en que, con pequeñas inversiones, pueda tener una gran utilidad.

Para comprar las Pólizas de "LA CAJA DE AHORROS" ocúrrase á la Oficina Principal, Calle de Vergare No. 12, por medio de los Agentes de la Compañía, debidamente autorizadas.



Mas de  
**5000**  
hombres cuya vida era una carga pesada para ellos y para la sociedad se han curado radicalmente con el  
Depurativo Vegetal  
**OLUGNA**  
único eficaz para las enfermedades de la  
**PIEL Y DE LA SANGRE**  
EN TODAS LAS DROGUERIAS.  
Pidanse folletos gratis.  
Apartado Postal 183. Ciudad de México

Cura la anemia, el linfatismo, tuberculosis, convalescientes y enfermedades del corazón en general

EL VINO DE

# =:SAN GERMAN:=

Fórmula del Dr. Latour Baumetz, de Paris.

Véase en toda la prensa de la República los certificados de los más ilustres Profesores y Médicos.

DE VENTA

EN MEXICO: Droguería de Carlos Félix y C<sup>ca</sup>. Droguería de Plateros. Droguería Belga. Almacén de Drogas de J. Uihlein Sucs. Droguería de Manuel Méndez. Droguería de Tacuba. Droguería de Zuleta. Droguería del Seminario. Droguería de Santa Catarina. Droguería de la Joya. Almacén de Drogas de B. y L. Grisi, etc.

EN PUEBLA: Droguería y Botica Francesas.

GUADALAJARA: R. Berrueco y C<sup>ca</sup>

OAXACA: Tolis y Renero y Cervantes y Varela.

VERACRUZ: S. Serralta. S. Muler y C<sup>ca</sup>

TAMPICO: J. Solórzano. Felipe González.

MORELIA: M. Sunderland. Anastasio Mier.

TOLUCA: L. Fernández Hno. Castillo y Uribe.

SAN LUIS POTOSI: Rafael Radriguez y C<sup>ca</sup>

ACAPULCO: Botica de la Salud.

GUAYMAS: A. Wallace.

HERMOSILLO: B. Suárez.

CIUDAD JUAREZ: Calderón Hnos.

CHIHUAHUA: Carlos Cuijly.

MONTERREY: Ed. Bremer y C<sup>ca</sup>

MERIDA: P. Peniche y Hno. Pedro Capetillo Alvarez. Carlos Guzmán O. P. Cámara é Hijos. B. Cano y C<sup>ca</sup>

ZACATECAS: Agustín Alvarez.

SALTILLO: Juan D. Carothers. José María Rodríguez. R. Rodríguez y C<sup>ca</sup> y en todas las principales ciudades de esta República.

**TOMEN LAS PILDORAS DEL**

# Dr. B. Huchard, de Paris,

Recomendadas por todas las eminencias médicas para las enfermedades con ó sin dearra.